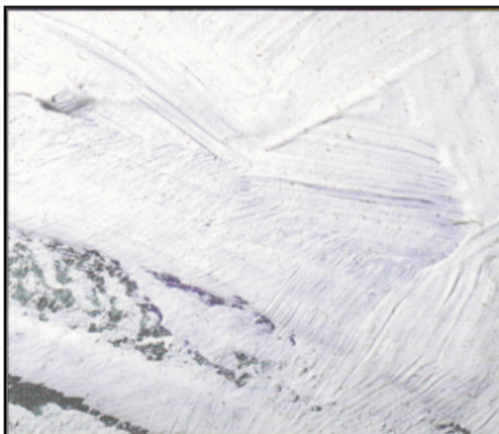


## La justificación



Cómo perdona Dios



**Enseñanzas de la Biblia Popular**

# **LA JUSTIFICACIÓN**

Cómo perdona Dios

**Wayne D. Mueller**

EDITORIAL NORTHWESTERN  
Milwaukee, Wisconsin

Todas las citas bíblicas, a menos de que se indique de otra forma, se han tomado de la SANTA BIBLIA, versión Reina Valera, Edición de Estudio de 1995. Sociedades Bíblicas Unidas.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado, etc.,. excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la editorial.

Northwestern Publishing House  
© 2004 por Northwestern Publishing House  
Publicado en 1996  
Impreso en los Estados Unidos de América  
Traducción por Producciones Multilingües  
wels net/mlp  
2004  
ISBN: 1 931891 49 4

# Tabla de contenido

|   |     |
|---|-----|
| Prefacio del Editor .....   | 5   |
| Introducción .....  | 7   |
| 1. ¿Qué es la justificación? .....  | 10  |
| 2. ¿Por qué tenemos la necesidad de ser justificados por Dios? .....          | 22  |
| 3. ¿Cuál es el motivo por el cual Dios nos justifica? ...                     | 34  |
| 4. ¿A quién justifica Dios? .....   | 48  |
| 5. ¿Quién se beneficia de la justificación? .....                             | 56  |
| 6. ¿Cuánto tiempo toma ser justificado? .....                                 | 68  |
| 7. ¿Qué más recibimos al ser justificados? .....                              | 76  |
| 8. ¿Qué relación existe entre nuestras buenas obras y la justificación? ..... | 92  |
| 9. ¿Cuál es el estado actual de los justificados? .....                       | 100 |
| 10. ¿Cuál es el estado final de los justificados? .....                       | 116 |
| Notas finales .....   | 125 |
| Para lectura adicional .....  | 127 |
| Índice de textos bíblicos .....   | 129 |
| Índice temático .....   | 135 |



# Prefacio del editor

Enseñanzas de la Biblia Popular es una serie de libros que trata acerca de todas las principales enseñanzas doctrinales de la Biblia.

Siguiendo el formato establecido por la serie de comentarios bíblicos llamada La Biblia Popular, estos libros están escritos especialmente para laicos. Por consecuencia, cuando se usan términos teológicos, se explican en un lenguaje cotidiano para su mayor comprensión. Además, los autores muestran cómo la doctrina cristiana se extrae directamente de pasajes claros de las Escrituras y cómo esas doctrinas se aplican a nuestra fe y vida. Lo más importante es que estos libros muestran que cada enseñanza de las Escrituras señala a Cristo, nuestro único Salvador.

Los autores de Enseñanzas de la Biblia Popular son pastores y profesores con muchos años de experiencia enseñando la Biblia. Ellos son hombres eruditos de sabiduría práctica.

Aprovechamos esta oportunidad para expresar nuestra gratitud al profesor Leroy Dobberstein del Seminario Luterano de Wisconsin ubicado en Mequon, Wisconsin, EEUU, y al profesor Thomas Nass de Martin Luther College en New Ulm, Minnesota, EEUU, por servir como consultores para esta serie. Sus perspectivas y ayuda, han sido invaluable.

Pedimos al Señor que él use estos volúmenes para ayudar a su pueblo a crecer en fe, conocimiento, y entendimiento de las enseñanzas reveladas en la Biblia, las cuales son para nuestra salvación. A Dios sea toda la gloria.

Curtis A. Jahn  
Editor de la serie

Este volumen fue traducido por la Sra. Clara Schroer, natural de Monterrey, México y esposa del pastor Andrew Schroer de Edna, Texas, quien hizo la revisión teológica. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.





# Introducción

“Si la doctrina de la justificación se pierde, toda la doctrina cristiana se pierde.”<sup>1</sup> De esta manera Martín Lutero expresó la importancia principal de la enseñanza bíblica sobre la justificación. Los hombres fieles que más tarde resumieron las enseñanzas bíblicas de Lutero en confesiones formales hicieron una afirmación similar enseñando que la iglesia permanece o decae, dependiendo si enseña correctamente la justificación.

*Justificación* es la palabra técnica usada en la Biblia para expresar la forma en que Dios nos perdona. La Biblia usa una variedad de términos ilustrativos para asegurarnos el perdón de Dios. Entre los más comunes están: remitir, redimir, reconciliar, expiar, purificar (lavar, purgar), quitar nuestros pecados y olvidarse de ellos. Pero la palabra justificación es la que literalmente explica cómo fue posible que el justo y santo Dios, aceptara a pecadores condenados por los méritos de Cristo Jesús.

*Justificación* es un término legal que incorpora todo lo que sintió e hizo Dios, al reconciliarse con los pecadores. También resuelve la tensión, que existe en las Escrituras, entre la ley y el evangelio, entre la santidad y la gracia de Dios. Por consecuencia, la justificación une todo el mensaje de la Biblia en una unidad coherente y divina.

La justificación es el corazón del mensaje del evangelio. Dios envió a su Hijo para que fuéramos justificados por medio de la fe. La justificación es la flor del evangelio que el Espíritu Santo hizo brotar en las cartas de San Pablo en el Nuevo Testamento. No obstante, por los 14 siglos después de que el santo apóstol escribió sus cartas, la fragancia de ese mensaje de Dios, poco a poco se desvaneció por causa de errores humanos. En la Edad Media, ni los cleros ni los laicos, realmente entendieron el significado y consuelo de la justificación. Pero Dios, a través de su siervo Martín Lutero, reveló una vez más su

preciosa flor. La reforma luterana desplegó la justificación en una nueva y brillante claridad para la iglesia.

Satanás sabe que el mensaje de que Dios perdona los Pecados, es el corazón del evangelio. Es por eso que él ataca a la justificación con mayor vehemencia que lo hace con otras enseñanzas, con la excepción de la doctrina de la persona de Jesucristo. Desde la reforma, Satanás ha promovido el arminianismo, la ortodoxia muerta, el pietismo, el racionalismo, el liberalismo, el fundamentalismo, el sectarismo, el humanismo, el modernismo, y el misticismo oriental, en su intento de regresar a la iglesia a la oscuridad espiritual de la Edad Media.

En nuestra sociedad actual que unos llaman la “generación post-cristiana”, muchas congregaciones están batallando para mantener o recuperar su vitalidad. Las bibliotecas de los cleros están llenas de libros acerca de cómo las iglesias pueden superarse y tener éxito. Pero la verdadera respuesta a cómo aumentar el vigor adentro y afuera de la iglesia, se encuentra en la clara proclamación de la justificación por la gracia sola, por Cristo solo, y por la fe sola. El llamado más elevado de la iglesia en cada época es el de defender y diseminar la enseñanza de la justificación, en contra de cada esfuerzo de Satanás. Así es cómo Dios revigorizó la iglesia por medio de Pablo y Lutero, y así es cómo él restaurará la vitalidad de la iglesia de hoy en día.

Sin embargo, recordamos que la iglesia de Dios es la reunión de muchos creyentes individuales en el cuerpo de Cristo. Para cada uno de nosotros creyentes individuales, la justificación tiene la más alta importancia. Cuando Dios nos justificó, él restableció su relación con nosotros los pecadores. Entonces, la enseñanza que dice que somos justificados solamente por los méritos de Cristo, es el corazón de la fe personal. De la justificación fluye toda bendición que Dios nos otorga individualmente. San Pablo escribió: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta

gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Romanos 5:1,2).

Por eso fue escrito este libro. Mientras que la iglesia de Cristo predica la justificación y los creyentes individuales la creen, Satanás es impedido. Y él lo sabe. Este libro tiene como propósito ayudar al creyente individual y la iglesia, en su lucha contra los ataques de las puertas del infierno. Este libro no intenta embellecer la justificación ni añadir a ella, sino simplemente dejarla brillar en el simple esplendor que el Espíritu Santo ya le ha dado. Su servidor escribió este libro pidiendo a Dios que renueve nuestra fe en que él nos ha declarado justos y que nos dé el valor para continuar proclamando la justificación al mundo.

# **¿Qué es la justificación?**

Es la declaración del perdón  
hecha por Dios.



# 1

## ¿Qué es la justificación?

### *El significado de la palabra*

*Justificación* es sólo uno de muchos términos que la Biblia usa para decirnos que Dios ha perdonado nuestros pecados. Aunque se encuentra en otras partes de la Biblia, se usa mayormente en las cartas de San Pablo a los romanos y gálatas. La palabra *justificación* es especial porque no sólo anuncia el perdón de Dios, sino también explica en una forma técnica cómo Dios nos perdona. La justificación engloba el significado de las varias palabras y frases bíblicas, usadas para expresar el concepto del perdón y está intrínsecamente conectada con todo el plan de Dios para la salvación que se cumplió en Cristo.

Por esta razón, en la iglesia luterana la palabra *justificación* es sinónimo de perdón. Desde un punto de vista positivo, la justificación está repleta de la confortante seguridad de la gracia de Dios hacia el pecador. Es el corazón y alma del evangelio.

Desde un punto de vista negativo, la justificación se opone a todas las ideas falsas, acerca de la salvación y del perdón, que Satanás ha levantado en su contra, dentro y fuera de la iglesia visible.

Justificar literalmente significa declarar justo. Las Escrituras enseñan que Dios en su misericordia declara justo al pecador por causa de Cristo por medio de la fe. Por gracia sola, Dios nos declara santos, inocentes, y moralmente perfectos. De esta verdad se deriva la enseñanza central de la reforma luterana: justificación por Cristo solo, por la gracia sola, y por la fe sola. “Nosotros . . . [reconocemos] que nadie es justificado por las obras que demanda la ley sino por la fe en Jesucristo” (Gálatas 2:15,16 NVI).

La *justificación* es un término legal, es decir, que Pablo lo tomó prestado del lenguaje usado en debates públicos y cortes legales. Cuando una corte justifica a un acusado, lo declara “no culpable”, inocente del crimen o los crímenes de los cuales ha sido acusado. En los días de Pablo al igual que los procedimientos legales de hoy, esta justificación fue un veredicto, es decir, una declaración de la corte.

Comprender la naturaleza legal de la justificación, es necesario para entender su significado en la Biblia. Una declaración de la corte no es curativa sino legal, es decir, que la declaración de inocencia ni cambia las acciones pasadas ni la presente calidad moral del acusado. Una declaración de “no culpable” no altera la culpabilidad o inocencia del acusado sino su estado legal ante los ojos de la corte. El veredicto de inocente simplemente señala cómo actuará la corte con respecto a él. Cuando el acusado es declarado inocente, de ese momento en adelante es tratado como inocente, a pesar de su conducta pasada o presente. Se pone en libertad y no recibe castigo por sus crímenes. Además, no puede ser acusado por los mismos crímenes en el futuro.

Este entendimiento de la justificación ha llegado a ser parte de las enseñanzas oficiales de la iglesia luterana. Las confesiones luteranas dicen: “Creemos, enseñamos, y confesamos, que conforme al uso idiomático de la Escritura, la palabra justificar significa en este artículo absolver, esto es, declarar libre de pecados”.<sup>2</sup>

### ***La justificación es el centro del evangelio***

*Justificación* es la palabra que la Biblia usa para expresar lo que Dios ha hecho por nosotros a través de Cristo. Por causa de la vida perfecta y sacrificio de muerte de Jesús, Dios nos ha declarado inocentes de todos los pecados que cometemos. Esto significa que sin importar nuestras acciones pasadas o calidad moral actual, somos ahora libres de la culpa de nuestros pecados y exonerados del castigo por éstos. Esta declaración hecha por Dios es el evangelio, es decir, las buenas nuevas del perdón de nuestros pecados.

Creyentes de todos los tiempos, fueron y son salvos solamente por la declaración de inocencia que Dios otorga por los méritos de Cristo. San Pablo argumentó a los judíos en Roma que los patriarcas Abraham y David, fueron salvados por el mismo evangelio que él estaba predicando a ellos en ese momento en el nombre de Cristo. Citando Génesis capítulo 15, Pablo escribió: “Pues ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios y le fue contado por justicia” (Romanos 4:3). Refiriéndose a Salmo 32, Pablo mostró que el rey David fue salvado por la misma declaración: “Por eso también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras” (Romanos 4:6).

### ***Una declaración pascual***

¿Cuándo proclamó Dios el veredicto de “no culpable”? En la mañana de la Pascua, Dios declaró a todo el mundo justificado por la vida, muerte, y resurrección, de Jesucristo. La resurrección de Jesús fue la prueba final dada al mundo por Dios, de que él había aceptado la vida y muerte de su Hijo por nuestra salvación.

Cuando Pablo predicó en Antioquía de Pisidia, él vinculó la resurrección de Jesús a nuestra justificación: “Pero aquel a quien Dios levantó, no vio corrupción. Sabed, pues, esto, hermanos, que por medio de él se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que no pudisteis ser justificados por la Ley de Moisés, en él es justificado todo aquel que cree” (Hechos 13:37-39). También en su carta a los corintios, Pablo mencionó que nuestro perdón depende de la resurrección de Jesús: “Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana: aún estáis en vuestros pecados” (1 Corintios 15:17). Finalmente, en su carta a los cristianos romanos, una vez más Pablo conectó la resurrección de Cristo a nuestra justificación: “Pero no solo con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes igualmente ha de ser contada, es decir, a quienes somos creyentes en aquel que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:23-25).

Se puede decir correctamente que el perdón por medio de Jesucristo, fue un hecho en el corazón de Dios desde la eternidad. Es por eso que Pablo podía escribir que Dios por los méritos de Cristo justificó a los creyentes del Antiguo Testamento como Abraham y David, antes de que Jesús aun naciera. Sin embargo, se puede decir que la mañana de la Pascua fue el momento en la historia cuando Dios hizo su declaración formal de justicia para los pecadores.



### *Una justicia ajena*

Los luteranos nos referimos a la justicia de Dios declarada a los pecadores, como una justicia ajena. Esto significa que la justicia que ahora nos pertenece por la fe a través de la justificación, es una justicia que tiene su origen fuera de nosotros mismos. Nada de lo que somos o hacemos contribuye a esto. El decreto de inocencia que Dios otorga por los méritos de Cristo, no es contingente a nada bueno que es inherente en nosotros ni que nosotros hayamos merecido por nuestras acciones.

El concepto de que la justicia que recibimos de Dios en la Justificación, no proviene de nuestro interior sino que es ajena a nosotros, fue el corazón de la fe de Lutero. Él escribió en su comentario sobre el libro de corintios: “Al llamar a la doctrina de la justificación una piedra firme, queremos decir que no somos redimidos del pecado, de la muerte, y del Diablo, ni hechos partícipes de la vida eterna por nosotros mismos . . . sino mediante ayuda ajena, la del unigénito Hijo de Dios, Jesucristo”.<sup>3</sup>

Por un tiempo, el ser humano sí tuvo la justicia inherente. Cuando Dios creó al hombre, él lo hizo a su propia imagen santa, es decir, que era justo y sin pecado. Pero Adán y Eva perdieron su justicia personal cuando cayeron en el pecado. Por tanto, las Sagradas Escrituras hacen claro que la justicia que ahora Dios nos acredita en la justificación es ajena a nosotros. No es inherente en nosotros, ni podemos ganarla con nuestros propios esfuerzos. Cuando Pablo habló con los filipenses acerca de su propia fe, él dijo que deseaba “ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo [su] propia justicia, que se basa en la Ley, sino la que se adquiere por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios y se basa en la fe” (Filipenses 3:8,9).

Por lo cual, el decreto justo que Dios hizo en la mañana de la Pascua, no tiene nada que ver con algo bueno en nosotros o algo bueno que hayamos hecho en obediencia a la ley. Este es un tema constante en las epístolas de Pablo, quien escribió a los

romanos: “Pero ahora, aparte de la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la Ley y por los Profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él” (Romanos 3:21,22). Aun pensar que podemos ganar o suplir la justicia de Dios nos pone en riesgo de perder su gracia: “De Cristo os desligasteis, los que por la Ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:4).

El mensaje de la Biblia en cuanto a esta justicia ajena que Dios nos acredita, produjo un gran despertar en Martín Lutero. Acuérdesse de que por años Lutero luchó con el concepto falso de la justicia. Dado que se crio en la tradición católica romana, él asoció cada mención de justicia en la Biblia, a la obediencia personal que Dios exige en la ley. Aunque intentó, él no pudo encontrar paz de conciencia en sus intentos rigurosos por guardar los mandamientos de Dios. Tales pasajes bíblicos como, “Mas el justo por la fe vivirá” (Habacuc 2:4; Romanos 1:17) lo aterrizaron porque él razonó que si no era personalmente justo, no estaba viviendo por fe.

Mediante sus estudios de la Biblia, especialmente los libros de Romanos y Gálatas, Lutero llegó al verdadero entendimiento del evangelio. Dios le permitió entender que la justicia salvadora no provenía de él, sino que era “la justicia de Dios” (Romanos 1:17; 3:21). Lutero escribió: “En las Escrituras la justicia de Dios casi siempre se entiende en el sentido de la fe y la gracia, y en muy pocas ocasiones en el sentido de la severidad con que él condena al malvado y libera al justo.”<sup>4</sup> “Pero él está hablando de justicia ante los ojos de Dios por la cual somos liberados de la ley, del pecado, de la muerte y de cada maldad, y por la cual llegamos a ser partícipes de la gracia, justicia y vida, y eventualmente somos establecidos como señores de cielo y tierra, y de todas las criaturas. Ni la ley humana ni la divina son capaces de producir tal justicia.”<sup>5</sup>

Por lo cual, Lutero pudo confesar junto con San Pablo: “No desecho la gracia de Dios, pues si la Ley viniera la justicia, entonces en vano Cristo murió” (Gálatas 2:21). Comentando

sobre este pasaje, Lutero escribió: “Esto significa que no serás un cristiano si no te deshaces completamente de tu propia justicia y dependes solamente de la fe”.<sup>6</sup>

### ***El uso de la palabra en las Escrituras***

La Biblia usa la palabra *justificación* en el sentido sencillo de ser declarado justo. La justificación es sinónimo de perdón. Jesús dijo con respecto al humilde cobrador de impuestos, quien pidió perdón en el templo: “Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro” (Lucas 18:14). Pablo usó la palabra con este significado simple en Romanos 5:1: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

La justificación también significa perdón, cuando la Biblia dice que Dios acredita justicia por medio de la fe. Pablo usó esta frase varias veces en Romanos capítulo 4, citando primero Génesis 15:6 con respecto a Abraham: “Creyó Abraham a Dios y le fue contado por justicia” (versículo 3). Después, él aplicó el principio a todo aquel que cree: “Pero el que no trabaja, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (versículo 5). Volviendo al tema de la fe de Abraham, Pablo escribió: “Por eso, también su fe le fue contada por justicia. Pero no solo con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes igualmente ha de ser contada” (4:22-24). Los términos “contada” e “imputada” son términos de contabilidad, o sea, que en nuestro expediente personal, donde nuestro pecado había creado un enorme déficit, Dios acreditó su justicia. La justicia que nosotros no ganamos, es acreditada a nuestra cuenta, como si nosotros mismos la hubiéramos ganado.

### ***El cambio que produce la justificación***

Se necesita hacer hincapié en una cosa más acerca de la justificación. Hemos dicho que cuando Dios justifica al pecador, es un decreto judicial que no cambia la actual naturaleza moral

del acusado. Por otro lado, debemos señalar que la justificación tampoco produce un cambio en Dios. Dios no cambia. Aún odia y castiga el pecado, así como todavía desea nuestra justicia personal.

Por lo tanto, si la justificación no produce ningún cambio en nosotros ni en Dios, entonces, ¿qué cambia cuando somos justificados? La justificación cambia nuestro estado legal ante la corte de justicia de Dios. En otras palabras, cambia nuestra relación con él. Cuando Dios nos declara no culpables, él nos libera y promete no castigarnos. Cuando él dice que no se acordará de nuestros pecados (Jeremías 31:34), él está prometiendo que no volverá más tarde para poner cargos de lo que ha sido perdonado.

En su comentario sobre 2 Corintios 5:18, el profesor John Meyer escribió:

Existen algunos que suponen que [la reconciliación] señala un cambio en Dios, es decir, que durante el proceso, él cambió de un Dios enojado a un Dios apacible, que en alguna forma fue apaciguado. Pero no, ni el menor cambio ocurrió en el corazón de Dios. Fue su amor lo que estuvo activo durante todo el proceso de [reconciliación]. El cambio ocurrió en nuestro estado legal delante del Juez.<sup>7</sup>

La *reconciliación* es una de las palabras que la Biblia usa para indicar nuestro cambio de estado ante Dios. Pablo escribió: “Con mucha más razón, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira, porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5:9,10). Dios “nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación: Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:18,19).

Cuando gente pecadora es reconciliada con el Dios santo, un cambio radical en su estado legal ha tomado lugar. “También a vosotros, que erais en otro tiempo extraños y enemigos por vuestros pensamientos y por vuestras malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él” (Colosenses 1:21,22).

De esta manera, la justificación no es una medicina que Dios receta para curar algo dentro de nosotros. Su decreto de justicia no cambia nuestro carácter moral ni nuestra disposición hacia él, sino restablece la relación que nuestras acciones pecaminosas y nuestra natural disposición perversa, habían arruinado.

### ***La piedra angular de la enseñanza de la iglesia***

Hasta los tiempos finales, la enseñanza de la justificación permanecerá como la piedra angular de la doctrina de la iglesia cristiana. Lutero escribió: “Como insisto con frecuencia, la doctrina de la justificación debe ser aprendida con diligencia; pues en ella están comprendidos todos los otros artículos de nuestra fe. Y cuando ella está a salvo, las otras doctrinas también están a salvo.”<sup>8</sup> Se puede encontrar la raíz del declive moderno de la iglesia cristiana visible, en la manera en que diluye y hasta a veces niega completamente la justificación por Cristo. Lutero hubiera estado de acuerdo:

En breve, si este artículo acerca de Cristo (la doctrina que enseña que somos justificados y salvados solamente por medio de él, y que consideramos condenados todos los que están aparte de él) no se profesa, toda resistencia y restricción, encuentran su fin. Entonces no hay medida ni límite, contra cualquier herejía y error.<sup>9</sup>

Lo que Dios llevó a Lutero a atesorar en su corazón llegó a ser el gran tesoro de la iglesia luterana a través de las enseñanzas y escritos del gran reformador. Las confesiones luteranas dicen:

“Este artículo respecto a la justificación por la fe . . . es el artículo principal de toda la doctrina cristiana, sin el cual ninguna conciencia atribulada puede tener firme consuelo, ni puede conocer a fondo las riquezas de la gracia de Cristo”.<sup>10</sup>

Aquellos quienes lamentan el triste estado de la gran parte de la actual iglesia visible, deben reconocer que cuando la fe florezca en el corazón del creyente individual, entonces la iglesia visible gozará de nuevo de la bendición de Dios.



**¿Por qué tenemos la  
necesidad de ser justificados  
por Dios?**

El pecado nos impide justificarnos  
a nosotros mismos





## 2

# ¿Por qué tenemos la necesidad de ser justificados por Dios?

### *La justificación mundana*

Vivimos en el mundo que no busca la justificación proveniente de Dios sino una que proviene del hombre. Sumidos en su inmoralidad impía, la conciencia de la gente la conduce a buscar la forma de justificar, es decir, defender su comportamiento aberrante. Por desgracia, los paganos buscan recibir la seguridad de su inocencia en cualquier otro medio, excepto en Dios.

Existen cuatro medios básicos, por los que nuestra naturaleza pecaminosa busca justificarse, entre los cuales hay muchas variaciones. Los cuatro medios son: por razonamiento, por negación, por culpar a otros, o por compararse con otros. No hay nada nuevo acerca de estos medios que el ser humano usa para justificarse a sí mismo. Cada curso principiante en psicología

humana debería exigir un cuidadoso estudio de Génesis capítulo 3, donde Adán y Eva, después de su caída en el pecado, hacen patente esos cuatro medios de “auto-justificación”.

### ***El razonamiento***

Cuando Satanás tentó a Eva, ella justificó su pecado con razonamiento. Ella vio que “el árbol era bueno para comer, agradable a los ojos y deseable para alcanzar la sabiduría” (Génesis 3:6). Sin duda podemos imaginar que el huerto de Edén tenía cientos o hasta miles de hermosos árboles los cuales produjeron frutos perfectos. Dios no había prohibido comer de ninguno de ellos excepto del árbol del conocimiento del bien y del mal. No obstante, observe la perversa audacia de Satanás quien se aproximó a Eva con la irrazonable insinuación de que Dios les estaba negando algún placer o que estaba siendo injustamente restrictivo por sus exigencias. “[Satanás] dijo a la mujer: ‘¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de ningún árbol del huerto?’” (Génesis 3:1). En otras palabras: “¿Dios realmente les ha prohibido comer de todos los árboles del huerto?”

Todo pecado es en su esencia ilógico. Eva cayó en el pecado cuando lo irrazonable llegó a ser razonable para ella y comió del árbol. Ella no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde, que lo que para ella lució sensato fue simplemente el razonamiento pecaminoso. Ella pecó contra el primer mandamiento cuando dudó de la palabra clara de su Dios.

El mundo moderno nos dice que si algo es divertido, entonces Dios lo prohíbe. Esa forma de pensar muestra que hemos heredado de Eva la tendencia al razonamiento. Tontamente creemos que sabemos mejor que Dios lo que es para nuestro bien. Nuestra naturaleza pecaminosa argumenta: “Dios hizo sus leyes para negarnos el placer”. Pero nuestra falta de confianza en las buenas intenciones de Dios hacia nosotros hoy en día es igual al pecado de Eva contra el primer mandamiento en el huerto. Salomón escribió: “Hay camino que al hombre le parece derecho, pero es camino que lleva a la muerte”

(Proverbios 14:12).

La ética situacional es un prominente ejemplo del razonamiento del pecado. Aun cuando las consecuencias horribles de la ética situacional prueban que tal forma de pensar está mal, la gente se defiende tal como lo hizo Eva: “Me pareció lo correcto en ese momento”. La base de la ética situacional<sup>a</sup> es la suposición de que los seres humanos poseen la habilidad racional para hacer la mejor decisión en cualquier situación. Pero esta suposición realmente se opone a lo que dice Dios en cuanto a la razón humana. San Pablo escribió: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la Ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7,8).

Dado a que nuestro juicio está cegado por el pecado, no podemos confiar en éste para determinar lo que es y lo que no es correcto. Nuestra naturaleza pecaminosa hace imposible justificar nuestras acciones con lógica. Cuando intentamos justificarnos a nosotros mismos, demostramos que ni siquiera sabemos que nuestros razonamientos son irracionales al Dios santo. Así como Eva lo experimentó y Salomón advirtió, nuestro razonamiento pecaminoso conduce a la muerte.

### ***La negación***

Otro medio por el que intentamos justificarnos es por la negación. Adán y Eva cosieron hojas de higuera para cubrir sus cuerpos. Luego trataron de esconderse de Dios entre los árboles del huerto y de fingir que no había pasado nada. Esa forma de pensar muestra que tan bajo habían caído. Tenían la imagen de Dios y conocimiento perfecto, cuando fueron a creados, pero ahora llegaron a creer absurdamente que podrían esconderse de Dios. Ellos elevaron su razón humana sobre el mandato de Dios

---

<sup>a</sup> La "ética situacional" es la filosofía que sustenta que no existen mandamientos absolutos de Dios, sino que cada persona decide su proceder según la situación y su estado de ánimo.

y luego tontamente negaron la realidad obvia de su pecado. Esta es la negación en su forma clásica, es decir, convencerse a uno mismo de que no ha cometido pecado o que puede escapar de sus consecuencias.

Tratar de justificar acciones pecaminosas con negación irracional ha sido una conducta humana común desde la caída. Adán y Eva no solamente nos pasaron su culpa pecaminosa, sino también su tendencia a pecar. Es por eso que usted y yo todavía tendemos a la negación obstinada. Odiamos admitir que estamos equivocados acerca de algo. Nosotros somos prontos para condenar a los demás, pero lentos para confesar nuestras propias fallas.

Pero el esconderse de Dios y negar nuestros pecados no los hace desaparecer. Neciamente podemos tratar de escondernos de Dios tras los árboles de nuestro huerto, pero Dios nos ve. “No hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). San Juan nos advierte: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros . . . Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso y su palabra no está en nosotros” (1 Juan 1:8,10).

Es lo suficientemente malo, cuando nuestra propia naturaleza pecaminosa nos guía individualmente a negar nuestros pecados, pero es aún peor cuando iglesias públicamente respaldan esa negación con doctrina falsa. Hoy día entre muchas denominaciones supuestamente cristianas, pecados vulgares tales como la fornicación, la homosexualidad, el divorcio, y también el aborto, son permitidos y aun aprobados. Nadie buscará la verdadera justificación en la vida y muerte de Jesucristo, si piensa que es justificado por él mismo. Tal como Armin Schuetze escribió: “Es necesario que se reconozca completamente el pecado del hombre y la ira justa de Dios contra el pecado, para poder entender la doctrina de la justificación y apreciarla”.<sup>11</sup>

Más engañosa que el tolerar los pecados actuales, pero al igual de destructiva, es la negación del pecado original hecha por muchas iglesias tradicionales. Lamentablemente, la negación del pecado original es una marca principal de muchas iglesias evangélicas. Esta doctrina falsa contradice el claro testimonio bíblico: “Éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Efesios 2:3). La negación del pecado original conduce a la enseñanza falsa que después de la caída el hombre aún tiene la habilidad de hacer su decisión por Cristo. Esto también impide que la confesión de los pecados sea completamente honesta. De manera similar, la iglesia católica romana sostiene el concepto que los pecadores pueden tener un papel importante en su propia justificación.

Por esta razón, en nuestras iglesias luteranas hacemos la doble confesión de pecados cada semana. Nuestras liturgias nos guían a confesar “que somos por naturaleza pecadores e impuros y que hemos pecado contra [Dios] en pensamiento, palabra y obra”.<sup>12</sup> Esta confesión completa de nuestra naturaleza pecaminosa y de nuestras acciones pecaminosas se opone a la forma en que nuestro mundo quiere justificarse a él mismo porque reconoce que no hemos hecho nada que puede justificar nuestros pecados pasados ni tenemos la habilidad natural para hacerlo. A través de esta confesión, el Espíritu Santo nos prepara para descansar nuestro corazón y nuestra esperanza enteramente sobre la justificación que sólo Dios puede proveer en Cristo.

### ***Culpar a otros***

El culpar a otros es el tercer medio por el cual la mente impía del hombre busca justificarse a él mismo. Observe la respuesta de Adán cuando Dios lo confrontó por su pecado cometido en el huerto: “La mujer que me diste por compañera, me dio del árbol” (Génesis 3:12). Adán realmente estaba culpando a dos personas: a Eva y a Dios.

Observe cómo el diablo desvió las mentes de Adán y Eva y la progresión en la forma de pensar de ellos mientras intentaban justificarse a ellos mismos: “Nos pareció lo correcto en ese momento ...Realmente no lo hicimos . . . Bueno, sí lo hicimos, pero fue por la culpa de otra persona”. Vemos esta progresión también en la forma que piensa nuestra sociedad hoy en día. La ética situacional es el razonamiento. Luego, la negación va más allá cuando da aprobación a pecados obvios como la homosexualidad y el aborto. Y caemos aún más cuando culpamos a nuestros padres, al gobierno, o a la sociedad, por los problemas que nuestros pecados han causado.

Esta es la triste historia del pecaminoso intento humano de justificarse a sí mismo desde la caída de Adán y Eva. Pero debemos ir más allá de aceptar esto como un principio general. Personalmente debemos tomarlo a pecho. Nosotros los creyentes tenemos naturaleza pecaminosa que agota nuestra fuerza para poder pelear la buena batalla de la fe y aferrarnos a la justificación otorgada por Dios. Esto significa que nosotros que hemos sido justificados por Cristo aún a veces intentamos en nuestro pecado justificarnos a nosotros mismos.

El culpar a otros por nuestros pecados, disminuye nuestros esfuerzos de llevar vidas santas para Cristo. A veces existen grupos dentro de la iglesia que tratan de asignar la culpa de los problemas de la iglesia a otros grupos o familias. Hogares cristianos sufren cuando esposos y esposas, padres e hijos, proyectan su culpa uno a otro. Debemos confesar diariamente que hemos tratado de culpar a otros por nuestros pecados, y mediante la fe nos aferramos a la única justificación que vale ante Dios, la justificación que proviene solamente de Cristo.

### ***Compararse con los demás***

Hay un medio humano más por el que unos intentan justificarse a sí mismo. Este es el justificarse comparándose con otros. Este fue el medio por el cual el fariseo buscó justificarse a sí mismo ante Dios: “Dios, te doy gracias porque no soy como

los otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, diezmo de todo lo que gano” (Lucas 18:11,12). Cuando Adán le echó la culpa de su pecado a su esposa y a Dios, eso fue también una forma de justificarse por comparación. Él razonó que aun si él era culpable de su pecado, Dios, quien le había dado a Eva por esposa y también ella quien lo había tentado, deberían ser culpados aún más que él.

Desgraciadamente, esta forma antigua de evitar la culpa sigue activa hasta el día de hoy. El hombre que excusa su falta de asistencia a la iglesia señalando a todos los hipócritas en la congregación está justificándose por comparación. De la misma manera se justifica la persona que asiste a la iglesia y se siente superior cuando escucha al pastor condenar los pecados grandes del mundo. Y así lo hago yo y lo hace usted cuando nosotros nos sentimos seguros de que Dios nos acepta porque somos mejores que los demás.

La segunda estrofa del himno “Roca de la eternidad” escrito en el siglo XVIII muestra la actitud de fe que sirve como antídoto para quienes caemos en la trampa de la justificación por comparación:

Aunque yo aparezca fiel,  
Y aunque llore sin cesar,  
Del pecado no podré  
Justificación lograr;  
Sólo en Ti, teniendo fe,  
Puedo mi perdón hallar.<sup>13</sup>

Todas las veces que buscamos justificarnos a través de la comparación, revelamos nuestra ignorancia acerca de Dios y de su ley. El punto de la ley no es que Dios exige que seamos buenos en comparación con otros, sino que seamos completamente perfectos. Jesús dijo: “Sed, pues vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”

(Mateo 5:48). El Dios santo requiere que seamos más que amables. Cuando nos evaluamos a nosotros mismos, Dios no exige que nos comparemos con otras personas pecaminosas sino con él.

Se cuenta una historia acerca del Dr. Dwight Moody, el fundador del Instituto Bíblico de Moody en la ciudad de Chicago. Al ir caminando a casa una tarde después de clases, él y un estudiante se encontraron con un borracho tirado en el suelo acostado en su propio vómito. El estudiante, queriendo sacar un comentario favorable sobre su propio nivel de santificación, dijo: “¡Qué repugnante! No puedo imaginarme cómo un hombre puede caer tan bajo.” El Dr. Moody, sin embargo, respondió más humildemente diciéndole: “Si no fuera por la gracia de Dios allí estaría yo”.

Santiago escribió en su epístola sobre rivalidad y favoritismo entre cristianos, porque no quiso que los lectores de su carta cayeran en el error de tratar de justificarse al compararse con otros. Al contrario, él quiso que entendieran que la codicia y la ambición egoísta, no eran mejores que el robar y hurtar; que el chismear y maldecir, son tan condenables como mentir y calumniar; que el adulterio es tan malo como el asesinato; y que el pelear y discutir son conductas paganas. Cuando nos comparamos con los demás y pensamos que somos mejores que ellos, equivocadamente clasificamos los pecados en orden de importancia. Pero Santiago escribió: “Porque cualquiera que guarda toda la Ley, pero ofende en un punto, se hace culpable de todos” (Santiago 2:10). San Pablo coincidió: “Todos los que dependen de las obras de la Ley están bajo maldición, pues escrito está: ‘Maldito sea el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para cumplirlas’. Y que por la Ley nadie se justifica ante Dios es evidente, porque ‘el justo por la fe vivirá’” (Gálatas 3:10,11).



***No una justificación mundana sino celestial***

Ninguno de los intentos que hicieron Adán y Eva, sirvió para justificarse a ellos mismos. Dios rechazó sus intentos de razonar sus pecados, de negarlos, de culpar a otros por ellos, y de compararse con otros. Sin embargo, Adán y Eva, fueron justificados a través de su fe en el Salvador que Dios prometió.

Antes de que Pablo escribiera su gran discurso sobre la justificación en Romanos capítulos 3 al 5, él preparó el corazón de sus lectores al quitarles cualquier esperanza de justificarse a ellos mismos. En el capítulo 1, él argumentó que los romanos paganos, debido a su idolatría y pecados vulgares, no tuvieron esperanza de ser aprobados por Dios. Después, en el capítulo 2, él dejó claro que los judíos apegados a la ley del Antiguo Testamento tampoco pudieron justificarse a ellos mismos. Los judíos, aunque sabían la ley de Dios al derecho y al revés, fueron incapaces de obedecerla.

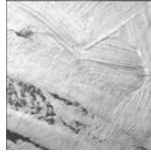
¿Cuál fue la conclusión de Pablo? “Porque por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de él, ya que por medio de la Ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20). La ley no existe para justificarnos ante los ojos de otra gente, sino para mostrarnos que no podemos justificarnos a nosotros mismos “delante de [Dios]”.





**¿Cuál es el motivo por el que  
Dios nos justifica?**

Dios nos justifica por los méritos  
de Cristo.



### 3

## ¿Cuál es el motivo por el que Dios nos justifica?

### *Las misericordia y justicia de Dios*

Nuestro Dios es amoroso y santo, así como dice el salmista: “Justo es Jehová en todos sus caminos y misericordioso en todas sus obras” (Salmo 145:17). El amor y la perfección no son sólo atributos, o sea, características de Dios, sino son en sí su esencia. “Dios es amor” (1 Juan 4:16). “Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso” (Isaías 6:3; Apocalipsis 4:8).

Nosotros como seres humanos podemos algunas veces actuar en una manera que no coincide con nuestro carácter. Somos capaces de hacer cosas que contradicen nuestros atributos generales. Sin embargo, Dios no puede hacer nada contrario a lo que él es. “No puede negarse a sí mismo” (2 Timoteo 2:13). A causa de que somos humanos y pecaminosos, el amor y la perfección moral de Dios, pueden parecer ser dos cosas distintas ya que en ocasiones la misericordia y la justicia de Dios, parecen

contradecirse entre sí. Por ejemplo, Adán y Eva, cayeron en el pecado cuando el santo mandamiento de Dios acerca del árbol pareció contradecir su amor por ellos.

No obstante, en Dios no existe tal contradicción. Todo lo que es Dios y todo lo que él hace, demuestra su amor puro y santidad absoluta. “Porque Jehová es justo y ama la justicia” (Salmo 11:7). Esta verdad encuentra su más alta expresión en la forma en que Dios trató con el problema de nuestro pecado. Al enviar a su hijo Jesucristo para ser nuestro Salvador, Dios demostró al mundo que cualquier conflicto entre su amor perfecto y su justicia santa es sólo una ilusión.

### ***El plan de salvación de Dios***

Ese amor de Dios lo motivó a planear nuestra salvación. Jesús explicó a Nicodemo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3:16). Cuando Dios miró desde la eternidad y vio que la corona de su creación iba a caer en el pecado, su amor lo movió a idear el plan de salvación para ellos. Sabemos que su plan divino fue formado desde antes de que creara a la humanidad, porque él nos dice que eligió a los creyentes para la salvación en Jesús desde antes del comienzo del mundo. “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (Efesios 1:4,5).

Pero para poder entender la justificación, hay que recordar que el amor de Dios actúa siempre de acuerdo con su santidad. Su bondadoso plan de salvación no podría contradecir su justa exigencia de que su creación humana fuera moralmente perfecta. “Yo soy Jehová, vuestro Dios”, él dice a su pueblo. “Por tanto os santificaréis y seréis santos, porque yo soy santo” (Levítico 11:44). Su plan misericordioso para perdonar a los pecadores, no podía disminuir el castigo que su justicia santa requirió de nosotros.

Los que no tienen buen entendimiento del perdón se imaginan que Dios muestra su amor sin justicia, pintándolo a él como un abuelo tierno que ignora los pecados de sus pequeños. Ellos erróneamente definen al perdón como el triunfo del amor de Dios sobre su santidad. Tal piedad falsa cree que si nosotros llegamos a cierto nivel de tristeza por nuestros pecados, el corazón de Dios se ablandará y él tendrá que perdonarnos.

Pero no podemos aplacar la justicia santa de Dios con llantos y súplicas por su amor. Ese tipo de pensamiento contradice la recta justicia de Dios. Esto es sólo otro artificio sutil que usa Satanás para hacernos creer que podemos, al menos en parte, ganar el favor de Dios. Esto divide a Dios en contra de él mismo y de lo que él enseña acerca de su naturaleza esencial en la Biblia.

No importa que tan intensas sean nuestras súplicas, nunca pueden resolver la aparente tensión que el pecador observa entre la misericordia de Dios y su justicia. Nuestra tristeza por el pecado no puede efectuar el perdón de Dios. Al contrario, según el plan de salvación de Dios revelado en las Sagradas Escrituras, sólo Jesús lo puede efectuar. El deseo de Dios de perdonar a los pecadores comenzó desde la eternidad y fue llevado a cabo por Jesucristo. “[Jesús] estaba destinado desde antes de la fundación del mundo” (1 Pedro 1:20). “Él nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo” (Efesios 1:9). “Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). Dios envió a Jesús porque sólo su Hijo podía demostrar el amor de Dios con justicia. “Con miras a manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:26).

### *Jesús cumplió el plan de Dios*

Con el fin de justificar a los pecadores, Dios envió al Salvador que englobó a la vez su amor y su santidad. En amor, él envió al Salvador quien es Dios mismo, porque ninguna persona es capaz de salvarse a ella misma y mucho menos a otros o a toda

la raza humana. “Ninguno de ellos podrá, en manera alguna, redimir al hermano ni pagar a Dios su rescate (pues la redención de su vida es de tan alto precio que no se logrará jamás), para que viva en adelante para siempre, sin jamás ver corrupción” (Salmo 49:7-9). Jesús vino como Dios verdadero para dar su amor divino. “De su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia, porque la Ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer” (Juan 1:16-18). En su amor, Dios envió al Salvador quien es divino.

Por otro lado, la santidad de Dios exigió que también el Salvador fuera humano. La ley justa de Dios exige perfecta obediencia humana, y declara la muerte humana como castigo por la desobediencia. “Todos los que dependen de las obras de la Ley están bajo maldición . . . Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros (pues está escrito: ‘Maldito todo el que es colgado en un madero’)” (Gálatas 3:10,13). A fin de cumplir con la exigencia santa de Dios de que el hombre sea perfecto, Jesús se hizo humano para tomar nuestro lugar bajo la ley. En su santidad, Dios envió al Salvador que es humano.

Dios quiere que confiemos en que su justificación de pecadores es a la vez amorosa y santa. Quiere que seamos creyentes en que tal justificación vino sólo a través de Jesucristo, quien es verdadero Dios y verdadero hombre. Es por eso que las Escrituras proclaman repetidamente que Jesús es completamente divino y completamente humano. Isaías predijo la venida del Salvador al escribir: “Porque un niño nos ha nacido, hijo nos ha sido dado ...y se llamará su nombre ‘Admirable consejero’, ‘Dios fuerte’, ‘Padre eterno’, ‘Príncipe de paz’” (Isaías 9:6). Juan comenzó su evangelio con una clara declaración: “El Verbo era Dios...Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Juan 1:1,14). Mateo dio el mismo testimonio sobre el nacimiento de Jesús: “Y le pondrás por nombre Emanuel, (que significa: ‘Dios



con nosotros” (Mateo 1:23). Visiblemente en forma humana en el aposento alto, Jesús, de pie, ante su discípulo Felipe, le dijo: “El que me ha visto a mí ha visto al Padre” (Juan 14:9). Pablo afirmó: “Pues hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5).

### ***Jesús obedeció al sufrir nuestro castigo***

Como verdadero Dios y verdadero hombre, Jesús vino y llevó a cabo el plan amoroso y santo de Dios, de justificar a los pecadores. La Biblia llama a la obra salvadora de Jesús “obediencia”. “Por lo cual, entrando en el mundo dice ...He aquí, vengo, Dios, para hacer tu voluntad” (Hebreos 10:5-7). Pablo pareció estar hablando acerca de toda la obra de Cristo cuando escribió: “Así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, muchos serán constituidos justos” (Romanos 5:19).

Los maestros cristianos se refieren al cumplimiento de nuestro Señor con la voluntad de Dios, como sus obediencias activa y pasiva. Aunque la Biblia no usa esas palabras específicamente, las usamos para describir la obra salvadora que la Biblia nos presenta. La obediencia pasiva de Jesús, incluye todo aquello que él soportó para llevar sobre sí mismo el castigo de nuestros pecados. En su ministerio, Jesús trató con las consecuencias del pecado, es decir, la enfermedad, la muerte, y la injusticia, de otros. No obstante, él voluntariamente sufrió y murió. El profeta Isaías profetizó sobre la obediencia pasiva y silenciosa de Jesús, cuando sufrió: “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como un cordero fue llevado al matadero; como una oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, no abrió su boca. Por medio de violencia y de juicio fue quitado” (Isaías 53:7,8). En Getsemaní, en sumisión a la voluntad salvadora de su Padre, Jesús oró: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). “Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8).

Con su obediencia pasiva, Cristo aceptó el castigo completo de la justicia perfecta de Dios, sufriendo en sí mismo todo el enojo justo de Dios contra la injusticia de la humanidad. Jesús se hizo completamente humano para así poder sufrir muerte humana. “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14,15).

Repetidamente las Escrituras afirman que Cristo se sometió a la obediencia pasiva como nuestro sustituto, o sea, que Jesús sufrió todas esas cosas en nuestro lugar. “El cual fue entregado por nuestras transgresiones” (Romanos 4:25). “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21). “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” (Romanos 5:6). Ahí, en la cruz, Jesús sufrió la verdadera angustia del infierno cuando clamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46). “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros (pues está escrito: ‘Maldito todo el que es colgado en un madero’)” (Gálatas 3:13).

Jesús se sometió pasivamente a todos los sufrimientos, de acuerdo a su verdadera naturaleza humana. Aun así, las Escrituras afirman que Jesús participó en estos sufrimientos también de acuerdo con su naturaleza divina, es decir, como Dios mismo, en una forma que no podemos entender ni explicar. San Pablo dijo: “[Apacienten] la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hechos 20:28). San Pedro dijo a los judíos: “Y matasteis al Autor de la vida” (Hechos 3:15).

Nuestra justificación ante Dios está basada, en parte, en la obediencia pasiva de Jesús. Dios nos declara inocentes debido a que el castigo de nuestros pecados ha sido pagado. Pablo escribió: “Con mucha más razón, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Romanos 5:9). La

obediencia del Salvador al plan de salvación de Dios, ha asegurado el perdón. “Y diciendo luego: ‘He aquí, vengo, Dios, para hacer tu voluntad’ . . . En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:9,10).

La sangre que Jesús derramó al llevar a cabo su obediencia pasiva en la cruz, proveyó el lavamiento del pecado, es decir, que lo quitó. Juan el bautista presentó a Jesús al mundo de la siguiente manera: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). En su gran salmo penitencial, el rey David expresó su confianza en la habilidad de Dios, de quitar sus pecados: “Purifícame con hisopo y seré limpio; lávame y seré más blanco que la nieve” (Salmo 51:7). Pablo escribió que Jesús se dio a él mismo para “purificar para él un pueblo propio” (Tito 2:14). También dijo que mediante el bautismo Jesús purificó a la iglesia “habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:26). San Juan prometió que “la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Al describir lo que Jesús hizo con nuestros pecados, el escritor a los hebreos dijo: “Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos” (Hebreos 9:28).

### ***Jesús obedeció para darnos justicia***

No obstante, el quitar nuestros pecados es sólo uno de los aspectos del perdón que recibimos a través de la justificación. El término *justificación*, nos lleva a entender más profundamente el amor de Dios hacia los pecadores, y a apreciar más la obediencia salvadora de Jesús. La Biblia usa la palabra *justificación* para decirnos que el perdón de Dios no significa sólo quitar pecados, es decir, que cuando Dios nos justifica, él hace algo más que remover nuestros pecados. Al mismo tiempo que él nos perdona, también nos declara justos. Para el pecador perdonado no es simplemente que Dios borra nuestros pecados pasados, sino que también registra en su libro de nuestra vida la perfección que exige de nosotros en su ley.

Se mencionó anteriormente que la justicia que Dios provee en la justificación es una justicia ajena. Esto significa que la justicia que nos pertenece mediante la justificación no es una perfección moral que producimos nosotros mismos, sino que Dios nos acredita la vida santa así como la hubiéramos llevado nosotros. ¿Cuál es la fuente de esta justicia ajena? Para entender esto, es necesario ver qué más dicen las Escrituras acerca de la obediencia de Jesucristo.

El mismo Jesús quien pasivamente obedeció la voluntad salvadora de su Padre, al sufrir, también obedeció activamente esa voluntad al obedecer perfectamente su ley. Jesús en su forma humana obedeció activamente a su Padre celestial al vivir de manera perfecta como el Padre había exigido de nosotros. Al principio de su ministerio, Jesús anunció que este era el propósito de su vida en la tierra. “No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolir, sino para cumplir” (Mateo 5:17).

Jesús se hizo verdadero hombre, no solamente para tomar nuestro lugar en la cruz, sino que también vino a ser nuestro sustituto bajo las exigencias de la ley de Dios. Su vida perfecta de obediencia a los mandamientos de Dios, fue igual de importante para redimirnos como su obediencia pasiva. Una parte del plan eterno de Dios y de su propósito de enviar al Salvador, fue que Jesús viviera de manera perfecta sobre la tierra. “Pero cuando vino la cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos” (Gálatas 4:4,5).

La perfecta obediencia de Jesús a la ley de Dios empezó públicamente cuando fue circuncidado al octavo día como la ley de Moisés lo requería. “Los padres del niño Jesús lo trajeron al Templo para hacer por él conforme al rito de la Ley.” (Lucas 2:27). A la edad de 12 años, su presencia en el templo de Jerusalén, su deseo de encargarse de los asuntos de su Padre, su obediencia a sus padres terrenales, y la forma que creció en favor

ante Dios y los hombres, también fueron llevados a cabo conforme a la ley (Lucas 2:41-52). Además su bautismo realizado por Juan el bautista, fue llevado a cabo, así como dijo Jesús: “Porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mateo 3:15).

Aunque Jesús fue y es al mismo tiempo Dios y hombre, él se humilló a sí mismo cuando vivió bajo la ley como nuestro sustituto perfecto. Comenzando desde su concepción, él no usó, en una forma completa ni continua, su poder divino como Dios. El escritor a los hebreos nos dice que las tentaciones que Jesús sufrió fueron tan intensas como lo son las nuestras: “No tenemos el sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). Jesús derrotó a Satanás en el desierto, no con sus poderes divinos, sino con el mismo poder que Dios pone en las manos de cada ser humano para combatir el pecado: el poder de sencillos pasajes bíblicos. Jesús llevó a cabo su ministerio completo sin pecar, con el resultado de que fue capaz de desafiar a sus enemigos: “¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado?” (Juan 8:46). Jesús no fue sólo el pasivo Cordero de Dios cuando fue a la cruz, sino también “un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:19).

### ***La justificación nos acredita la justicia de Jesús***

Cuando la Biblia dice que Dios nos justifica, esto significa que Dios acredita esta obediencia activa de Cristo a los pecadores. “Creyó Abraham a Dios y le fue contado por justicia ...Pero no solo con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes igualmente ha de ser contada, es decir, a los que creemos en aquel que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro” (Romanos 4:3,23,24). Así como la muerte humana que Jesús sufrió substituye la muerte que Dios exigió por nuestros pecados, así también la vida santa que él llevó substituye la vida perfecta que Dios exige de

nosotros. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

Por tanto, cuando Dios justifica al pecador, no sólo quita la culpa y el castigo de sus pecados, sino le acredita a él la obediencia a la ley, que Cristo cumplió como su sustituto. Como nuestro Salvador, Jesús satisfizo la santa demanda de perfección moral que hizo Dios.

### ***La importancia de la obediencia activa de Cristo***

Esta verdad bíblica ha sido preservada por Dios en una forma especial en la iglesia luterana. Lo que las Escrituras dicen acerca de la obediencia activa de Jesús como nuestro sustituto bajo la ley, es frecuentemente negado o ignorado por la iglesia católica y otras iglesias protestantes. Pero para los luteranos, la plenitud y claridad de la justificación brilla a través de la perfecta obediencia humana de nuestro Salvador. Esto nos ayuda a apreciar aún más todo el ministerio y las enseñanzas de Jesús. Vemos todo lo que Jesús hizo desde su concepción hasta su muerte en la cruz, como la manifestación unificada de misericordia con santidad. El corazón lleno de culpa, encuentra en el Jesús de los evangelios la nueva esperanza. Cada palabra de Jesús, cada milagro, cada acto de bondad, nos llevan a decir: “Él hizo esto por mí”.

Las confesiones luteranas dicen acerca de Jesús:

Por esta razón, pues, su obediencia (no sólo al padecer y morir, sino también al someterse voluntariamente a la ley y cumplirla mediante esa obediencia), se nos atribuye para justicia, de modo que por causa de esta obediencia completa que él rindió al Padre celestial por nosotros, en lo que hacía y padecía, en su vida y en su muerte, Dios perdona nuestros pecados, nos considera santos y justos, y nos concede la salvación eterna.<sup>16</sup>

### ***La justificación proviene solamente de Cristo***

Vivimos en una época de pluralismo, en la cual se considera que todo sistema de creencia tiene mérito equitativo. En Norteamérica, observamos dentro del cristianismo la invasión del islam, el misticismo oriental, y tradiciones indígenas. Ofende a nuestra sociedad afirmar lo que es obvio: que estas religiones incompatibles, no pueden ser todas igualmente válidas. Sin embargo, esto es exactamente lo que las Escrituras hacen cuando afirman que la justificación proviene solamente de Cristo.

Nicodemo escuchó las alternativas simples de Cristo mismo: “El que en él cree no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:18). De igual manera los apóstoles predicaron el mensaje exclusivo: “Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podemos ser salvos” (Hechos 4:12).

Pablo quien en un tiempo había seguido una aparente ruta alterna a la salvación, ligó la naturaleza exclusiva del cristianismo a la justicia ganada por Cristo. En su audaz pero humilde confesión de fe a los filipenses, él escribió:

Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por amor a él lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que se basa en la Ley, sino la que se adquiere por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios y se basa en la fe. (Filipenses 3:7-9)

La justificación proviene solamente de Cristo porque sólo Jesús mostró la misericordia y justicia de Dios. Dios no perdona, como todas esas religiones falsas implican, simplemente en base

de su amor. En sus días Lutero tuvo que batallar con este tipo de pensamiento. Él escribió:

Existen algunos, especialmente entre los importantes eruditos modernos que dicen: El perdón de los pecados y la justificación, dependen enteramente de la imputación divina de gracia, es decir, de que Dios los cuenta como justos a pesar de sus pecados . . . Si esto no fuera verdad, el Nuevo Testamento entero sería vano y fútil, y Cristo hubiera obrado necia e inútilmente, al sufrir por el pecado. Dios mismo hubiera sido culpable, de mezclar y engañar sin necesidad, porque hubiera podido perdonar y no imputar los pecados sin el sufrimiento de Cristo. De esta manera, alguna otra fe también, además de la fe en Cristo, podría justificar y salvar al hombre; quiero decir, una fe que simplemente depende de la misericordia amorosa de Dios, la que no cuenta los pecados contra el pecador . . . Ahora, aunque de su pura gracia Dios no imputa nuestros pecados a nosotros, de todas formas él no quiso hacer esto hasta que se hubiera hecho una completa y amplia satisfacción de su ley y justicia.<sup>17</sup>

De esta manera, la única justicia que tiene valor ante Dios en el último día, es la justicia que Cristo nos acredita a través de la justificación. El compositor escocés, Horatius Bonar, presenta en dos cortas estrofas la obediencia activa y pasiva de Cristo, como su esperanza en el futuro eterno:

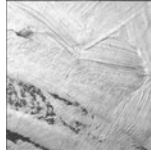
Confío yo en Cristo que en una cruz murió;  
Por esa muerte limpio de culpas quedo yo.  
Con sangre tan preciosa me lava el Redentor:  
La derramó copiosa por mí el buen Salvador.



Me cubre su justicia de plena perfección;  
Jesús es mi delicia; Jesús mi salvación.  
¡Oh Cristo!, en Ti descanso, reposo me darás;  
Seguro voy marchando al cielo donde estás.<sup>18</sup>

# **¿A quién justifica Dios?**

En Cristo, Dios declara a todos  
justos.



## 4

# ¿A quién justifica Dios?

### *El amor universal de Dios*

Aunque la salvación proviene sólo a través de Cristo, el amor de Dios quien envió a Jesús, no fue ni es exclusivo. El mismo Jesús dijo: “De tal manera amó Dios al mundo” (Juan 3:16). El deseo de Dios de salvar no está limitado sólo a aquellos quienes eventualmente llegan a ser hechos creyentes. Pablo enseñó a Timoteo que Dios nuestro Salvador “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4). Pedro expresa el amor universal de Dios en formas positiva y negativa: “[Dios] es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9).

En su corazón Dios nunca ha deseado que nadie pierda su salvación, por eso aseguró a su pueblo del Antiguo Testamento: “Porque yo no quiero la muerte del que muere, dice Jehová, el

Señor. ¡Convertíos, pues, y viviréis!” (Ezequiel 18:32). Todas las promesas del amor universal de Dios por los pecadores serían vanas si la obra justificadora de Cristo no hubiera sido hecha por todos.

Cuando Jesús vino a la tierra, lo hizo para ser el Salvador de todas las personas de todos los tiempos. Juan el Bautista señalando a Jesús, dijo: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Cuando Jesús murió, “por todos murió” (2 Corintios 5:15). “[Cristo] se presentó una vez para siempre por el sacrificio de él mismo para quitar de en medio el pecado” (Hebreos 9:26). “Y él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2).

Maestros luteranos con frecuencia llaman a la declaración de justicia hecha por Dios a todo el mundo, *la justificación objetiva*. Esto significa que la declaración de justicia que Dios hizo en la resurrección de Jesús, es un hecho realizado para todo el mundo y no depende de la razón ni la fe de la gente. La justificación es una realidad histórica, o sea, un objeto, y por lo tanto independiente de la persona. El ministerio del evangelio de Jesucristo, es esencialmente la proclamación de la justificación objetiva hacia el mundo. Pablo escribió que Dios “nos dio el ministerio de la reconciliación: Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:18,19). El mensaje del evangelio es que en Cristo, Dios justificó al mundo.

Históricamente algunos falsos maestros han negado que Dios ama a todo el mundo. Aun hoy en día, una rama de la iglesia reformada, enseña que Dios predestinó a algunos al infierno. Algunos maestros falsos dicen que Dios ama a todos, pero que el sacrificio de Jesús fue limitado y que no murió por todos. Ellos creen que él sólo murió por aquellos quienes eventualmente llegan a ser hechos creyentes en él.

Los luteranos concordamos que Dios ama a todos, así como Jesús pagó por los pecados de todo el mundo. Sin embargo, aun

entre algunos llamados luteranos no existe un acuerdo unánime sobre si la declaración de justicia fue hecha para todos. No obstante, las confesiones luteranas testifican claramente acerca de la justificación objetiva. En la Fórmula de Concordia, el artículo XI, confesamos: “Que la raza humana está verdaderamente redimida y reconciliada con Dios por medio de Cristo, quien con su perfecta obediencia y su inocente pasión y muerte, mereció (obtuvo) para nosotros la justicia que vale ante Dios y la vida eterna”.<sup>19</sup> También leemos: “Por lo tanto, si deseamos considerar con provecho nuestra elección eterna para la salvación, tenemos que asirnos tenaz y firmemente de esto: Así como la predicación del arrepentimiento es universal, es decir, atañe a todos los hombres (Lc. 24:47), asimismo lo es la promesa del evangelio”<sup>20</sup>

En la Apología de la Confesión de Augsburgo, el artículo IV, se hace una confesión similar:

Parecía que la ley era perjudicial, pues los hacía pecadores a todos, pero cuando vino el Señor Jesús, les perdonó a todos ese pecado que nadie podía evitar, y borró con el derramamiento de su sangre la escritura que nos condenaba. Esto es lo que dice el apóstol: “Abundó el pecado por medio de la ley; sobreabundó empero la gracia por medio de Jesús”. Porque habiendo quedado sujeto el mundo entero, Jesús quitó el pecado de todo el mundo como lo atestiguó Juan Bautista diciendo (Juan 1:29): “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.<sup>21</sup>

En el momento de su ordenación (o instalación), nuestros pastores y maestros luteranos, voluntariamente se adhieren a estas confesiones de fe, con la confianza de que ellas presentan la verdad de las Escrituras.

### ***La declaración universal de Dios***

La justificación hecha por Dios a todo el mundo es la simple y clara enseñanza de la Biblia. Así mismo como Dios amó a todos y Jesús murió por todos, Dios también declaró a todos justos por la vida y muerte de Cristo. Después de escribir que Jesús “murió por todos”, Pablo dijo: “que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:15,19). “Porque al Padre agradó que en él habitara toda la plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:19,20). Hablando de los resultados de la obediencia de Cristo, el apóstol dijo: “Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación que produce vida” (Romanos 5:18).

Aquellos que niegan la declaración de justicia hecha por Dios al mundo a través de Cristo, niegan el evangelio. Si mi perdón depende de si lo creo o no, o no lo recibo hasta que creo, entonces el evangelio es condicional y deja de ser la sencilla declaración de las buenas nuevas. Por consiguiente, mi perdón dependería de algo que yo hago, es decir, de mi contrición, mi arrepentimiento, y mi fe. En otras palabras, yo causararía el perdón al creer, y la misericordia de Dios hacia mí no dependería completamente de la obediencia de Cristo.

Eso no es el evangelio que Lutero encontró en la Biblia. Cuando él redactó el Catecismo Mayor, escribió en su explicación de la quinta petición: “No es que no nos remita el pecado, sin y antes de nuestra petición, por cuanto nos ha dado el evangelio, en el cual hay mero perdón antes de que lo hayamos pedido y jamás pensado en él. Mas se trata de que reconozcamos tal perdón y lo aceptemos”.<sup>22</sup>

Luteranos que tratan de separar el sacrificio universal de Cristo de la declaración objetiva del perdón de Dios, se defienden usando el lema de la reforma luterana: “La justificación por la gracia sola, por Cristo solo, por la fe sola”.

Ellos argumentan que si la justificación es dada por la fe sola, entonces, no existe justificación aparte de la fe.

Sin embargo, la justificación por la fe sola, fue usada por los reformadores en un específico contexto bíblico e histórico. Fue usada como lema en contra de todos los que enseñaban que la justicia ante Dios viene a través de nuestras obras, una enseñanza que la Biblia condena. Particularmente se usaba en contra de la mezcla de obras y fe, en la teología católica romana. La frase “por la fe sola” tuvo como su propósito el de apoyar la enseñanza bíblica que dice que las obras humanas no forman parte de nuestro perdón. “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley” (Romanos 3:28). La frase “por la fe sola” se usa para excluir toda actividad de parte de los humanos. Ni una palabra dicha ni escrita de los reformadores, insinúa que “por la fe sola” tuvo como su intención excluir la declaración de Dios del perdón independiente de la fe.

Los reformadores al proclamar *sola fide*, es decir, por la fe sola, incluyeron otras verdades bíblicas acerca de la justificación. Por ejemplo, “por la fe sola” no anula la justificación por la gracia sola, o la justificación por Cristo solo. En efecto, la salvación por gracia sola, se basa en el amor universal de Dios a todo el mundo. La salvación por Cristo solo, se basa en su pago universal por todos los pecados de toda la gente. De la misma manera, la salvación por la fe sola, depende de la verdad de que la justificación de Dios al mundo, ya es un hecho consumado. Entonces, la justificación no ocurre debido a la fe, sino que la fe recibe la justificación que ya existe.

### ***Romanos 5:12-19***

Aquellos que niegan que Dios ha justificado a todos en Cristo, señalan que Pablo usó la palabra “muchos” en Romanos, el capítulo 5, los versículos 15 y 19. En el versículo 19, el apóstol escribió: “Así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, muchos serán constituidos justos”. Por tanto ellos

argumentan: “Pablo no dice que todos serán constituidos justos a través de Cristo, sino muchos”.

Sin embargo, un estudio detallado del pasaje muestra que esa interpretación es falsa. Para entender lo que Pablo quiere decir con muchos en este versículo, tenemos que entender el uso de la palabra griega. La palabra griega para muchos enfatiza que se está refiriendo a un número grande, mientras en el castellano se usa más para distinguir los muchos de la mayoría o de todos. Entonces, este versículo se traduce literalmente de la siguiente manera: “Por la obediencia de uno [Cristo], un gran número de personas será constituido justo”.

Por esta razón, sólo el contexto en sí puede determinar si el gran número es toda la gente o solamente una parte de la gente. En este versículo, ¿qué significado tiene la palabra muchos? ¿Significa el gran número de todos los seres humanos o el gran número de todos los creyentes, que confían en que han sido justificados?

A lo largo de esta sección (Romanos 5:12-19), Pablo hace una comparación entre Adán y Cristo. El pecado y la muerte, entraron al mundo por medio de Adán, mientras la justicia y la vida, entraron por medio de Cristo. Queda claro que Dios contó el pecado de Adán en contra de toda la raza humana. “La muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (versículo 12). Así mismo queda claro también que Dios acredita la justicia de Cristo a toda la raza humana, mediante la justificación. “Por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación que produce vida” (versículo 18).

Para la congregación romana, compuesta de judíos étnicos y gentiles, Pablo quería enfatizar la uniformidad de la justicia universal de Dios. Los judíos estaban dispuestos a aceptar la verdad bíblica que enseña que Dios atribuyó el pecado y castigo de un solo hombre, Adán, a toda la raza humana. Pero algunos de esos mismos judíos estaban renuentes de aceptar que Dios incluyó a los gentiles en su plan de salvación. Así que Pablo argumentó: “¿No pueden ver que Dios también es justo al



acreditar la justicia de un solo hombre, Jesucristo, a toda la raza humana?” Con estos versículos, Pablo explica más lo que él escribió anteriormente: “Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (3:22-24).

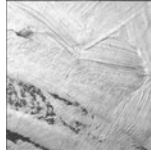
El argumento de Pablo en este contexto requiere que se entienda que la entera raza humana es objeto de la justicia universal de Dios. La condenación hecha por Dios a toda la raza humana, debido al pecado de Adán, fue justa, y así también es la justificación de Dios dada a toda la raza humana, en Cristo.

Ahora podemos entender por qué Pablo usó la palabra muchos un par de veces en este contexto. En ambos casos su énfasis está en el gran número de todos aquellos afectados por el juicio de Dios, en contraste con el número limitado de los judíos. Esto se ve claramente en el versículo 15 del capítulo 5 donde él escribió: “Porque si por la transgresión de aquel uno muchos murieron, la gracia y el don de Dios abundaron para muchos por la gracia de un solo hombre, Jesucristo”. Cuando Pablo dijo: “murieron los muchos”, ciertamente él quiso decir que toda la gente murió debido al pecado de Adán. Así que en la segunda parte del versículo, la frase “los muchos”, a los cuales el regalo de Cristo fue concedido, tiene que significar todos.

En el Credo Apostólico confesamos: “Creo en el Espíritu Santo . . . el perdón de los pecados”. Con esta declaración, Afirmamos, semana tras semana, nuestra confianza en que Dios declara el perdón a todos objetivamente en Cristo, sin tener nada que ver con nuestra fe. Esta declaración de fe expresa la confianza en algo que ya existe por los méritos de Cristo y el decreto de Dios. ¡Que buenas nuevas!

# **¿Quién se beneficia de la justificación?**

Por la fe sola, nosotros nos  
beneficiamos de la justificación.



## 5

# ¿Quién se beneficia de la justificación?

La fe recibe la declaración justificadora de Dios hecha para los pecadores. Aunque Dios declara a todos libres del pecado a través de la sangre y justicia de Jesús, sólo los creyentes disfrutamos el beneficio de la justificación, es decir, el perdón de los pecados.

### *Una sola justificación*

Existe sólo una justificación, la que por gracia Dios declaró por los méritos de Cristo, en la mañana de la Pascua. No obstante, la Biblia habla de esta justificación desde dos puntos de vista. Cuando la Biblia dice que Dios objetivamente declara a todos justos, a esto se le llama la *justificación objetiva*. Cuando la Biblia dice que el pecador individual subjetivamente es creyente y disfruta ese perdón, a esto se le llama la *justificación subjetiva*.

Sin embargo, no hay dos justificaciones distintas, ni son dos diferentes tipos de la misma justificación. Sólo hay una justificación de pecados, la que Dios declaró por los méritos de Jesús, en la mañana de la Pascua. Dios no justifica al pecador de nuevo cuando llega a ser hecho creyente. La justificación que recibe el individuo al ser hecho creyente es la misma justificación que Dios antes declaró a todos los pecadores. Se habla de la justificación “por la fe sola” debido a que por la fe sola, se llega a confiar y apreciar, la justicia que Dios declaró a todos.

Cuando las confesiones luteranas enfatizan la justificación por la fe sola, ellas están hablando de la justificación subjetiva. La justificación subjetiva, significa que somos los sujetos que han recibido el perdón, es decir, que ese perdón llega a pertenecer a nosotros individualmente. Por consecuencia, tenemos y disfrutamos, paz con Dios.

### ***La justificación por la fe***

La fe es esencialmente confianza, seguridad, dependencia completa, el dejar todo en las manos de Dios. Esa simple confianza recibe lo que Dios da. Pablo escribió: “Pero al que no trabaja, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Romanos 4:5). La poesía de David refleja la naturaleza de su confianza alegre: “Mas yo en tu misericordia he confiado; mi corazón se alegrará en tu salvación” (Salmo 13:5).

La fe es la confianza en la gracia divina de los humanos corazón, alma, y mente. En el aposento alto, Jesús imploró a sus discípulos: “Creéis en Dios, creed también en mí” (Juan 14:1). Isaías invitó a su pueblo a confiar en el Salvador esperado: “He aquí que yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable. El que crea, no se apresure” (Isaías 28:16). Juan escribió: “Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros” (1 Juan 4:16).

Así que, mientras la esencia natural de la fe salvadora es la confianza, la función de la fe es la de recibir. La fe es la mano que recibe la gracia justificadora de Dios. Dado que la fe es la simple confianza creada en nosotros por la gracia de Dios, la única función que puede tener la fe es la de recibir lo que ofrece Dios.

### *El poder de la fe*

Sin embargo, el gran poder de la fe no se basa en su naturaleza ni en su función. En otras palabras, la causa de la justificación no es la fe (el recibir), sino el objeto de la fe (lo que recibimos). Es por eso que es más claro decir que somos salvos a través de la fe o por medio de la fe, en vez de decir que somos salvos por la fe. El beneficio que recibimos de la fe no es el fortalecimiento de nuestra confianza, sino la magnitud del regalo de Dios. Cada pecador que Dios conduce a la fe, es justificado y recibe todas las bendiciones del perdón. Y esto no depende de que tan fuerte es la fe.

### *La justificación por la fe sola*

Cuando los luteranos confesionales insistimos en que la fe sola justifica, eso quiere decir que las buenas obras no contribuyen en nada a nuestra salvación. La salvación es cien por ciento mediante la fe, y cero por ciento mediante las buenas obras. Numerosos pasajes bíblicos excluyen inequívocamente las buenas obras en conexión con la justificación. Pablo dijo: “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia” (Tito 3:5). “Nosotros . . . sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo” (Gálatas 2:15,16). Cuando los luteranos confesionales insistimos en que la fe sola justifica, eso también significa que nuestra fe en sí no es una obra meritoria, es decir, que no estamos contribuyendo a nuestra salvación en ninguna forma por el hecho de ser creyentes. Al ser hecho creyente, uno

no gana ni intencionalmente recibe el perdón de Dios. La fe es un regalo de Dios, tal como la salvación que la fe recibe.

Es por eso que no debemos pensar en nuestra fe como un acto moral de obediencia a la ley. La fe no tiene nada que ver con la ley. El apóstol confesó audazmente a los gálatas: “Nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley, por cuanto por las obras de la Ley nadie será justificado” (Gálatas 2:16).

Para Lutero, las Escrituras que hablan más claramente sobre esto se encuentra en Romanos 3:28: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley”. En su traducción de este versículo al alemán, Lutero añadió la palabra sola en conexión con fe con el motivo de señalar el énfasis del texto. Por añadir una palabra a la traducción, Lutero fue criticado, pero él permaneció firme en su decisión. Él escribió:

Por tanto, nótese cómo Pablo declara en una forma más vehemente que ya que la sola fe justifica, aunque él no usa la palabra ‘sola’. Pues el que dice: ‘Las obras no justifican, sino la fe’, en verdad afirma más fuertemente la justificación por fe que la persona quien dice: ‘La sola fe justifica’.<sup>23</sup>

Pablo expresó el mismo pensar en otras palabras: “Pero al que no trabaja, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Romanos 4:5). Aquí el apóstol repitió el argumento del capítulo 3, versículo 28, al decir que el “que no trabaja” es justificado. Pero él enfatizó un punto adicional acerca de la fe cuando dijo que “Dios . . . justifica al impío”. Dios nos proveyó la fe para recibir su justificación aun cuando éramos considerados moralmente impíos. Ni nuestra vida antes de la conversión ni la fe en sí, nos hacen dignos del decreto justo de Dios.

El decisivo argumento bíblico en contra de la enseñanza falsa, que sustenta que la fe causa la justificación, es la enseñanza de la justificación objetiva (vea el capítulo 4). El veredicto de inocente proclamado por Dios a todos fue hecho antes de que el pecador lo aceptara por la fe y entonces también fue hecho independientemente de esa aceptación. Nuestra fe no es una condición que tenemos que cumplir para ser perdonados. Dios justificó al pecador mientras era aún impío y sin fe, y Dios lo dice así en el evangelio. La fe no produce el perdón, sino que recibe el perdón que ya existía. Nuestras peticiones de perdón, no motivan a Dios a perdonarnos sino que son simplemente una expresión de nuestra fe en que ya nos ha perdonado.

### ***Dios crea la fe salvadora en nosotros***

La fe está en nuestro corazón y mente. Sin embargo, no somos capaces de crear o perpetuar nuestra propia fe. La siguiente analogía puede ayudarnos a entender esta verdad. La cena se hace en la cocina, pero la cocina no prepara la cena, sino la cocinera. De la misma forma, las Escrituras insisten que, aunque la fe habita en nuestro corazón, es Dios quien hace posible que ésta habite ahí. Cada joven luterano en sus clases de catecismo memoriza Efesios 2:8,9: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe”.

El Santo Espíritu de Dios crea la fe salvadora en nosotros, penetrando en nuestro corazón y mente, a través de su mensaje, el evangelio. Dios convierte nuestra mente pecaminosa que por naturaleza tiene enemistad contra él (Romanos 8:7), y la abre para recibir su declaración salvadora de perdón. Este fue ciertamente el entendimiento de Lutero cuando escribió las palabras principales de su explicación del tercer artículo del Credo Apostólico en su Catecismo Menor: “Creo que ni por mi propia razón, ni por mis propias fuerzas soy capaz de creer en

Jesucristo, mi Señor, o venir a él; sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio”.

Dios siempre toma la iniciativa de crear la fe en nosotros por medio del Espíritu Santo, usando la Palabra y el sacramento del bautismo. Pablo recordó a los efesios: “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Efesios 1:13). A los corintios quienes se habían beneficiado de esta obra del Espíritu, Pablo dijo: “Nadie puede exclamar: ‘Jesús es el Señor’, sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3). No existe otro medio por el cual los pecadores pueden llegar a ser hechos creyentes en lo que Dios ha hecho por nuestra salvación. “Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu” (1 Corintios 2:9,10). Por gracia sola, Dios crea la fe en nosotros. Jesús dijo a sus discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto” (Juan 15:16).

### ***La fe sola es subvertida***

La fe que recibe justificación es la fe sola. Es tan simple como eso. Pero en la historia de la cristiandad, tal como en nuestra sociedad moderna, muchos movimientos han tratado de complicar la sencilla fe salvadora, al mezclarla o hasta reemplazarla, con el esfuerzo humano.

En el febrero de 1997, la Federación Mundial de Luteranos (FML) lanzó la Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la Justificación (DCDJ), un documento realizado juntamente por representantes de algunos llamados luteranos y católicos romanos. Los muchos luteranos que se sienten ofendidos y confundidos por este famoso documento, deben saber que no todos los luteranos participaron en su formulación. Los luteranos que se sentaron en la mesa con los representantes del Vaticano,



fueron miembros de la Federación Mundial de Luteranos. La FML es un grupo internacional de algunas iglesias luteranas que abiertamente se opone a las enseñanzas bíblicas que dicen que las Escrituras no contienen error, de que el mundo fue creado en seis días normales, y de que Cristo resucitó físicamente de la muerte. Por tanto, no debe sorprendernos que ellos llegaron a un acuerdo con los teólogos católico romanos. De hecho, la Declaración Conjunta no fue un acuerdo en el sentido común de la palabra, sino que fue un arreglo mutuo para públicamente aceptar las diferencias incompatibles entre esos luteranos y los católicos romanos.

La Declaración Conjunta cuestiona la naturaleza de la fe enseñada por las Escrituras y proclamada por los reformadores. Tres diferencias notorias entre el luteranismo histórico y el catolicismo romano, no fueron resueltas. Primero, Roma rehusó dejar su enseñanza histórica que dice que la fe no es suficiente. El Vaticano se mantuvo firme en su creencia de que las buenas obras de amor que el pecador produce a causa de lo que ellos llaman “la gracia infundida de Dios” precede la justificación por la fe. En otras palabras, Dios primero impone en una persona una chispa de amor, luego esa persona responde con aceptación y convicción, con el resultado de que Dios perdona a la persona.

Los luteranos de la FML que participaron en la Declaración Conjunta permitieron que la gracia infundida de la iglesia católica se presentara juntamente con su propia definición de la fe sola. Ellos sabían muy bien que Roma define la palabra gracia, como un poder espiritual derramado al alma, que capacita a la persona para ganar la salvación. Los luteranos confesionales, por el contrario, enseñamos que la palabra gracia es el favor misericordioso de Dios hacia nosotros. Aun así, la FML públicamente declaró que las diferentes formas de expresar la verdad acerca del papel de la fe no deberían impedir el diálogo entre las iglesias. “Por lo tanto, las diferencias de las explicaciones luterana y católica, de la justificación están

abiertas unas a otras, y no desbaratan el consenso relativo a los postulados fundamentales” (DCDJ 40).

En segundo lugar, Roma rehusó admitir que la justificación por la fe, es la enseñanza central de las Escrituras, la enseñanza por la cual todas las otras doctrinas de la iglesia deberían ser juzgadas. Los luteranos de la FML propusieron tal lenguaje, pero el Vaticano lo rechazó e introdujo su propio lenguaje que dice que la doctrina de la justificación es “un criterio indispensable” entre varios criterios “para orientar la práctica de nuestras iglesias” (DCDJ 18).

Un tercer fallo del acuerdo es que cambia el significado principal de la justificación. El catolicismo romano tradicional siempre ha enseñado que la justificación tiene un carácter transformador, es decir, que la justificación es el gradual cambio moral de un creyente. Para los católicos romanos, la justificación no es una proclamación sino un proceso. Y esta enseñanza católica se encuentra claramente en la Declaración Conjunta. Ellos rehusaron aceptar la propia enseñanza de la Biblia sobre la justificación por la fe como un acto instantáneo de Dios que inmediatamente otorga toda la gracia del perdón. Roma no acepta que somos salvos por la gracia sola, por Cristo solo, y por la fe sola, de acuerdo con el uso bíblico de esos términos. Esta es la falla fatal de la Declaración Conjunta mostrando que las palabras de ese documento cuidadosamente redactado son una mera decepción.

Otro desafío moderno en contra de la enseñanza bíblica sobre la fe, sola es la teología de decisión, que es tan prominente en muchas iglesias evangélicas y reformadas. El llamado a “hacer tu decisión por Cristo”, es muy peligroso por dos razones. La primera razón es que tal llamado falsamente atribuye a los pecadores la habilidad de hacer la decisión correcta. La segunda razón es que al decir que nosotros participamos en nuestra conversión, destruye la misericordiosa obra transformadora de Dios.

Debido a que muchos evangélicos hacen énfasis en la Biblia y la histórica fe cristiana, a veces ellos no pueden entender por qué los luteranos confesionales hacen tanto alboroto acerca de su enseñanza sobre la conversión. Sin embargo, cuando se escucha cuidadosamente a las diferencias entre el mensaje de un misionero bautista y un misionero luterano, el asunto se aclara. Un misionero bautista dirá: “Si tú crees, serás perdonado”, mientras un misionero luterano dirá: “Has sido perdonado; créelo”. Esta no es una pequeña diferencia. Para el bautista, la justificación es condicional, es decir, que depende de la decisión de la persona. Para los luteranos, la justificación es la declaración incondicional de Dios y el único papel que tiene la fe es pasivo: el de creer y recibir.

Otro desafío sutil en contra de la fe justificadora, es el concepto torcido de la fe, que tiene el mundo moderno. En nuestra sociedad pluralista, los medios de comunicación alaban las virtudes de la fe personal y a lo que ellos llaman tradiciones de fe. A ellos no les es permitido promover ninguna religión en particular, así que dedican sus reportes al fortalecimiento de la fe y nunca mencionan el objeto de la fe. Este persistente enfoque de los medios, populariza la idea de que no importa lo que uno crea mientras tenga fe en algo.

Pero tal atención a la fe la condena con una alabanza falsa, porque el valor de nuestra fe ante Dios no se encuentra en lo que nosotros contribuimos a la fe, sino en lo que recibimos por medio de ella. No somos justificados por la fuerza de nuestra fe sino por la fuerza de la persona en quien hemos sido hechos creyentes. La determinación y firmeza de la voluntad humana, no es lo que es importante sino solamente el objeto de la fe. La fe en dioses falsos, la fe en nuestra habilidad de vencer el cáncer, la fe en que ganaremos el juego de pelota, o aun la fe en Santa Claus, no es la fe salvadora. Jesús no lo colocará a usted a su derecha en el juicio final, porque usted tiene fe sino porque su fe se basa en él.

***La justificación es un claro mensaje bíblico***

Solamente la clara declaración bíblica de justificación por medio de la fe sola, puede resistir las muchas voces que el diablo envía para oponerla. La fe salvadora, no es una decisión humana, ni una habilidad infundida, que gradualmente nos dirige a la gracia de Dios. Y aun si nuestra fe fuera fuerte, si no tiene a Cristo como su objeto, no vale nada ante Dios. La Palabra declara que la justificación es objetiva y una realidad histórica, aparte de la fe y antes de que lleguemos a ser hechos creyentes. Esta declaración es cierta aun si no la creemos. Así que cuando somos hechos creyentes, lo que el Espíritu Santo ha creado en nosotros, es la sencilla confianza en las verdaderas buenas nuevas.

Claramente uno de nuestros himnos expresa la invitación del evangelio al corazón del pecador atribulado:

Oí la voz del Salvador decir con tierno amor  
“¡Oh, ven a Mí, no temas más, cargado pecador!”  
Tal como estaba, a mi Jesús cansado yo acudí;  
Y luego dulce alivio y paz por fe en el recibí.<sup>24</sup>

La enseñanza de “la fe sola”, se encuentra en todas las enseñanzas catequísticas de Martín Lutero. En su explicación del sacramento del Santo Bautismo, él escribió: “El agua en verdad no las hace, sino la Palabra de Dios que está en unión con el agua, y la fe que se apoya en dicha Palabra de Dios ligada con el agua”. También, respecto a la Santa Comunión, Lutero escribió: “El ayuno y la preparación corporal son una buena disciplina externa; pero digno del sacramento y apto para recibirlo es quien tiene la fe en las palabras: ‘por vosotros dado’ y ‘por vosotros derramada, para remisión de los pecados’”.

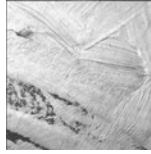
La justificación “por la fe sola”, está también enfatizada en las confesiones luteranas. La Confesión de Augsburgo de 1530, resume en una forma memorable la enseñanza luterana acerca de

la justificación con cuatro frases preposicionales. La justificación es “por gracia, por causa de Cristo mediante la fe”, y no es “mediante nuestro mérito, obra, y satisfacción”.<sup>25</sup>

La proclamación hecha por Dios, de que los pecadores hemos sido declarados justos en Cristo, es a la vez la invitación al pecador y el poder para aceptarla. En su carta a los romanos en la cual Pablo predica tan hermosamente sobre la justificación, él escribió en los primeros versículos: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree . . . Pues en el evangelio, la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá” (Romanos 1:16,17).

# **¿Cuánto tiempo toma ser justificado?**

Instantáneamente los creyentes  
recibimos el perdón completo.



## 6

# ¿Cuánto tiempo toma ser justificado?

### *Perdón instantáneo*

La justificación por la fe no es un proceso sino una acción instantánea. Por tanto, no existe ningún estado entre la fe y la incredulidad. Jesús expresó esta verdad en una manera sencilla a Nicodemo: “El que en él cree no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:18).

No obstante, es correcto para nosotros hablar acerca del camino a la fe que una persona toma sobre un período de tiempo porque el venir a la fe incluye cuando el Espíritu Santo obra en el corazón, condenándolo por el pecado así como también el mensaje de la gracia de Dios en Cristo. Así que el proceso de

venir a la fe puede durar días y hasta años. Pero en cualquier momento durante ese tiempo, el pecador es un creyente que disfruta del perdón o es un incrédulo que rechaza el perdón. Tiene que ser uno o el otro. En cualquier momento una persona está bajo la gracia de Dios o está bajo su ira; está en camino al cielo o al infierno.

Jesús aplicó este principio a la idolatría al dinero. “Ninguno puede servir a dos señores, porque odiará al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24). En la gran comisión, Jesús otra vez declaró claramente: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). Se puede decir que una persona tiene una fe débil, pero nunca se puede decir que una persona es mitad creyente y mitad incrédula.

### ***Perdón completo***

El hecho de que una persona tiene la fe o no la tiene, de ninguna manera excluye que haya una diferencia entre fe débil y fe fuerte. Jesús alabó la fe del centurión al decir: “De cierto os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe” (Mateo 8:10). También hizo lo mismo con la mujer cananea: “¡Mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como quieres” (Mateo 15:28). Sin embargo, Cristo amonestó a los miembros de la iglesia en Laodicea, diciéndoles que su fe débil los ponía en peligro de perder su fe completamente: “Pero por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3:16).

De acuerdo con la promesa de Dios, no es la fuerza o debilidad de la fe, sino la presencia de la fe que se apodera del decreto justificador de Dios. Entonces, el pecador con fe débil recibe la misma bendición del perdón que el pecador con fe fuerte. El problema con la fe débil no es que no tenga toda la justificación, sino que vive en constante peligro de ser perdida. Que la oración del padre cuyo hijo sufrió de un espíritu maligno, esté también siempre en nuestros labios: “Creo; ayuda mi incredulidad” (Marcos 9:24).



Nadie se atrevería a decir que la fe del criminal que murió en la cruz al lado de Jesús estaba bien desarrollada con respecto a su conocimiento o fuerza. Pero aun así, Jesús le prometió el beneficio completo de la fe justificadora: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43).

### ***Los problemas que resultan de creer que la justificación es un proceso***

Unos problemas surgen cuando se piensa que la justificación por la fe es un proceso gradual. Pensando así, podríamos tratar a aquellos que tienen fe débil como si ellos sólo fueran perdonados parcialmente o como si no tuvieran nada de fe. Esto nos podría conducir a privarlos del gran consuelo del evangelio completo, que fortalecer su fe.

Un ejemplo evidente de este problema es el sistema complicado de las misas, penitencias, y adoración de los santos, dentro de la iglesia católica romana. Roma formalmente enseña y defiende la enseñanza de la justificación gradual. Esto crea duda en la mente del creyente acerca de su estado delante de Dios, en cualquier momento. Esta duda, en turno, crea una dependencia de los requisitos rituales de la iglesia. Acuérdesse que la reforma comenzó con el disgusto de Lutero con Roma, por la venta de indulgencias, las cuales promovieron la idea falsa de que la iglesia visible distribuye el perdón poco a poco, en fragmentos. Lutero insistió en que la iglesia debe proclamar el perdón completo y gratuito, de Dios a los pecadores, en vez de pretender distribuirlo poco a poco.

Otro problema con la enseñanza de la justificación gradual, es que ésta sugiere que existen niveles de cristiandad. Esta falsa enseñanza crea un sistema de castas en ciertas Iglesias, en las cuales se encuentran dos grupos: los que están *bautizados por agua*, y los que están *bautizados por el espíritu*. Algunos de los corintios que hablaban en lenguas, miraban con desdén a aquellos que no tenían el mismo don, por lo cual Pablo los reprimió (1 Corintios 12). Las buenas obras que ofrecemos a

Dios, pueden reflejar la fortaleza de nuestra fe y nuestros dones personales. Pero la cantidad de buenas obras, no determina lo que Dios ha dado a cada creyente, es decir, el perdón completo y gratuito en la justificación por los méritos de Cristo.

Otro problema que ocasiona la enseñanza de que la justificación es un proceso, es que éste inevitablemente crea la idea de que participamos en nuestra conversión. Se escribió extensamente en el capítulo anterior que la Santa Palabra de Dios, específicamente excluye cualquier esfuerzo o cooperación de nuestra parte en la conversión. Cuando nos encontramos luchando contra nuestros pecados y buscando un acercamiento con Dios, no estamos en el proceso de venir a la fe, sino que ya hemos sido justificados, y el poder del Espíritu se encuentra actuando en nosotros. Es por eso que Pablo exhortó a Timoteo a crecer en la fe que ya tenía: “Por eso te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos” (2 Timoteo 1:6).

### ***Consuelo firme***

La naturaleza de la vida cristiana, es la de disfrutar lo que tenemos en la justificación, y agradecer a Dios por ello. De lo último que debemos preocuparnos, cuando nuestra fe es débil, es de si hemos sido perdonados completamente. El Espíritu fortalece nuestra débil fe, de la misma manera en la que él la creó. Él nos asegura que, a pesar de nuestras dudas, Dios ha quitado toda nuestra culpa y castigo, al atribuirnos la vida perfecta y muerte expiatoria de Jesús. La carta de Pablo a los romanos revela que la fe de los cristianos romanos, fue menos que perfecta. Y aun así, Pablo les aseguró a todos ellos que poseían el completo beneficio de la justificación: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1).

Pablo continuó explicando que cada creyente, sin tomar en cuenta la fortaleza de su fe, vive en lo que los maestros luteranos llama el *estado de gracia*. “Por quien [Jesús] también tenemos

entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes” (Romanos 5:2).

Aun cuando la fe débil nos expone al gran peligro de perder nuestra fe completamente, el Salvador quien ganó nuestra justificación, no nos rechaza por causa de nuestra fe débil. Nuestro Señor cumplió la profecía mesiánica al tratar gentilmente con aquellos que tenían fe titubeante. Mateo escribió acerca de Jesús: “La caña cascada no quebrará y el pábilo que humea no apagará” (Mateo 12:20). Jesús fortaleció la fe con la misma promesa con la cual creó la fe. “Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: ‘Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados’” (Mateo 9:2).

La falsa enseñanza, que dice que no hemos sido completamente perdonados, o que seremos gradualmente perdonados, y que debemos añadir nuestro propio esfuerzo a la gracia de Dios, es un yugo pesado sobre el pecador atribulado. Así nuestra motivación para vivir moralmente sería la de aplacar a Dios, quien aún no está completamente satisfecho con nosotros. De esta forma, el gozo de vivir agradecidamente sería suprimido o matado. Esta forma de existencia difiere poco de los sacrificios paganos. Es una actitud natural del hombre, buscar el favor de Dios a través de su esfuerzo personal.

Pablo habló sobre esta tendencia que aun los cristianos podemos tener de volver a esa forma equivocada de acercarse a Dios, animando a los gálatas: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres y no estéis otra vez sujetos al yugo de la esclavitud” (Gálatas 5:1). La exhortación de Pablo aplica especialmente a aquellos luteranos, que toman por sentado la preciosa herencia de la libertad espiritual ganada por Lutero y los reformadores. Comencemos cada día con la fe en que la justificación es cierta, instantánea, y completa. Y cuando las dudas intenten esclavizar nuestra fe débil, busquemos nueva fuerza, no en nuestro propio esfuerzo sino en la obra consumada de nuestro Salvador.





**¿Qué más recibimos al ser  
justificados?**

Dios nos capacita para  
vivir santamente.



## 7

# ¿Qué más recibimos al ser justificados?

### *La santificación*

En el mismo instante en que somos justificados por medio de la fe, Dios comienza otra obra en nosotros la cual se llama la santificación. La santificación es la acción de hacerle santo a una persona o cosa. Santificar significa consagrar, es decir, apartar para el uso exclusivo de Dios. Ese significado de la palabra es evidente en las palabras de Pablo a Timoteo: “Así que, si alguno se limpia de estas cosas [de usos viles], será instrumento para honra, santificado, útil al Señor y dispuesto para toda buena obra” (2 Timoteo 2:21).

La Biblia generalmente habla de la santificación como la obra del Espíritu Santo quien consagra, es decir, aparta al

justificado para hacer buenas obras. Pablo escribió a los romanos que él era un ministro a los gentiles, para que ellos le fueran a Dios “ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo” (Romanos 15:16). En el Catecismo Menor, Martín Lutero también atribuyó la obra de la santificación al Espíritu Santo en su explicación del tercer artículo del Credo Apostólico: “El Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio, me ha iluminado con sus dones y me ha santificado y guardado mediante la verdadera fe”.

Sin embargo, cada mención de la santificación en la Biblia no necesariamente se refiere a esta acción específica de apartar al creyente para realizar buenas obras. Debido a que la palabra *santificación* significa apartar a alguien para Dios, el término a veces se usa como sinónimo de la *justificación*. Por ejemplo, eso parece ser el significado en 1 Corintios 6:11: “Ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios”. Esto también parece ser el significado de la palabra en Efesios 5:25,26: “Así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra”.

### ***La santificación es una obra en progreso***

Nuestra justificación es completa desde el momento que el Espíritu Santo nos da la fe. La santificación comienza en ese mismo instante, pero es un proceso continuo que sigue en nosotros hasta el día que muramos. La justificación cambia nuestra situación ante Dios en una forma inmediata y completa. Somos declarados santos delante de él por los méritos de Cristo. La santificación, por su parte, es el empeño del Espíritu Santo de transformar nuestra calidad moral. Esa transformación sigue incompleta y continúa hasta el día que muramos.

Las diversas ideas erróneas que existen sobre la justificación y la santificación, son una evidencia del gran número de



personas que no entienden la distinción entre estos dos términos. Eso se debe a que los dos términos tratan de la santidad. Por un lado, en la justificación Dios nos declara santos. Por el otro, en la santificación Dios gradualmente nos conduce a llevar una vida santa. Sin embargo, debido a que las Escrituras hacen una clara distinción entre los dos términos, sabemos que es importante para nuestra fe entender esa distinción.

Observe que el escritor a los hebreos incluyó a la justificación y a la santificación en el mismo pensamiento: “Porque con un solo sacrificio ha hecho perfectos para siempre a los que está santificando” (Hebreos 10:14 NVI). La justificación es un hecho consumado para el escritor de Hebreos. Él dice que Jesús nos “ha hecho” perfectos. No obstante, la obra de Dios entre nosotros “a los que está santificando” es una obra continua.

La misma distinción se puede ver en la carta de Pablo a los filipenses. Primero, el apóstol escribió que él ya había sido declarado santo, es decir, justo mediante la fe en Cristo: “Y lo tengo [todo] por basura, para ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es a base de la Ley, sino la que se adquiere por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios y se basa en la fe” (Filipenses 3:8,9). Luego, un instante después, él añadió: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús” (3:12). Pablo tenía la certeza de que él ya había sido declarado santo en la justificación por medio de la fe, pero él confesó que todavía no había llegado a la perfección en la santificación.

Así que, mientras encontramos consuelo en que Jesús se ha apoderado de nosotros mediante la justificación, aún nos encontramos en la lucha para apoderarnos de él en nuestra vida de santificación. Con la finalidad de ayudarnos en esta lucha continua, Jesús nos envía siervos espirituales en la iglesia para fomentar este proceso, dándonos pastores y maestros: “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la

edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:12,13).

### ***La santificación comienza con la creación del nuevo hombre***

El Espíritu Santo inicia la obra de la santificación en el mismo momento en que él nos conduce a confiar en el amor justificador de Dios, creando en cada uno de nosotros un “nuevo hombre”. Con la creación del nuevo hombre en nosotros, la santa imagen de Dios, la cual se perdió en la caída al pecado, es restaurada en nosotros.

La imagen de Dios, por supuesto, no es la imagen física sino la espiritual, que incluye el conocimiento perfecto de Dios y de su voluntad. Pablo dijo a los colosenses: “Habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos y revestido de nuevo. Este, conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:9,10). El nuevo hombre es santo como lo es Dios mismo, así que desea sólo lo que Dios quiere. “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está corrompido por los deseos engañosos, renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:22-24).

El nuevo hombre creado en nosotros por el Espíritu Santo, regresa al creyente la habilidad que se perdió en la caída al pecado. A través de este nuevo hombre regalado a nosotros por el Espíritu Santo, ahora somos capaces de hacer la voluntad de Dios de buena gana. “La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a toda la humanidad, y nos enseña que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente” (Tito 2:11,12).

El nuevo hombre quiere hacer la voluntad de Dios. “No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la

renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2).

Muchos se oponen al claro mensaje bíblico sobre la justificación por medio de la fe porque ellos dicen que provee una excusa para vivir de manera pecaminosa. Argumentan que si la gente se entera de que todos sus pecados están gratuita y completamente perdonados, sin importar lo que ellos hacen, entonces van a vivir como a ellos les plazca. Algunos de los oponentes de Lutero durante la reforma argumentaron de esta manera, diciendo que la gente necesitaba cargar con un poco de culpa y duda, para ser motivada a vivir correctamente.

Ya en sus días, Pablo se vio forzado a encarar esta misma objeción a la enseñanza de la justificación. Después de predicar por tres capítulos sobre la justificación por medio de la fe en su carta a los Romanos (capítulos 3-5), Pablo anticipó esta objeción: “¿Qué, pues, diremos? ¿Permanezcamos en el pecado para que la gracia abunde?” (Romanos 6:1). Él sabía lo que sus detractores estaban pensando: Predicar sobre la gracia gratuita mediante la justificación, sólo haría que la gente pecara más para así recibir más perdón.

Pablo respondió a estas objeciones al ligar la justificación directamente a la santificación: “Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado, porque el que ha muerto ha sido justificado del pecado.” (Romanos 6:6,7).

Uno de los himnos favoritos entre los luteranos, Roca de la eternidad, hace esa misma conexión en su idioma original. La versión inglesa del himno dice que Jesús, nuestra Roca de la eternidad, no sólo nos limpia de la culpa de nuestros pecados en la justificación, sino también nos santifica para poder romper la fuerza del pecado en nuestra vida:

Roca de la eternidad que fuiste abierta para mí,  
Para que me esconda en ti;  
El agua y sangre que fluyeron de tu costado  
Son una cura doble del pecado:  
Me limpias de su culpa y poder.  
(Traducción del himnario Christian Worship 389:1)

La obra de Jesús en la cruz es la base de la justificación y de la santificación. No se pueden separar a las dos. La justificación nos limpia de la culpa de nuestros pecados, mientras que al mismo tiempo la santificación nos limpia del poder del pecado. Dado que el Espíritu Santo ha creado al nuevo hombre en nosotros, el pecado no tiene más el poder de dominar nuestros pensamientos y acciones. Pablo dice lo mismo: “Pero ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación y, como fin, la vida eterna” (Romanos 6:22).

### ***La santificación es una obra cooperativa***

En capítulos anteriores estudiamos en detalle como las Escrituras dicen que la justificación es una acción unilateral del Dios misericordioso. Desde la eternidad Dios el Padre nos amó y planeó nuestra salvación. Luego, Dios el Hijo vino a este mundo, se hizo hombre, y por su vida perfecta, su muerte expiatoria, y su triunfante resurrección, nos aseguró la declaración hecha por Dios de “¡Inocentes!” Por su propio esfuerzo, sin nuestra cooperación, el Espíritu Santo nos condujo a apoderarnos de la justificación por la fe. Por tanto, la justificación es por la gracia sola, por Cristo solo, y por medio de la fe sola.

La santificación también encuentra su principio en el poder de Dios. El Espíritu Santo inició nuestra santificación, cuando creó al nuevo hombre dentro de nosotros. Pero la Biblia habla de nuestro crecimiento en la santidad como una obra cooperativa

entre el Espíritu Santo y nosotros. Ya que Dios nos ha dado el nuevo hombre, tenemos algo dentro de nosotros que voluntariamente trabaja en conjunto con el Espíritu Santo, haciendo buenas obras. Los padres eclesiásticos han sugerido que esta obra cooperativa es como una hormiga y un elefante trabajando juntos. Nosotros, por supuesto, somos la hormiga y el Espíritu Santo, el elefante. Sin embargo, Dios se rebaja para incluirnos en esta obra terminante de la salvación al llamarnos a ser sus colaboradores.

La Biblia dice que somos socios de Dios en nuestros esfuerzos de servirle con la vida santa. Pablo escribió: “Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no solamente cuando estoy presente, sino mucho más ahora que estoy ausente, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:12,13).

Aunque no recibimos la fe y el perdón “por obras, para que nadie se gloríe”, Pablo añadió: “Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús, para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (Efesios 2:9,10). En lo referente a la realización de buenas obras, este pasaje ilustra bellamente la relación entre Dios y los creyentes. Nosotros mismos hacemos las buenas obras, pero observe que somos hechura de Dios. Nuestro nuevo hombre fue creado en Cristo Jesús, y Dios planeó de antemano nuestras oportunidades de servir. Nuestra contribución es el resultado de la gracia y el poder de Dios, así que él merece todo el crédito por nuestra santificación.

### ***La santificación es acción de gracias***

La vida del pecador justificado es caracterizada por el agradecimiento. La santificación es la condición que el Espíritu nos da para poder agradecer a Dios por la justificación en todo lo que hacemos. Los cristianos estamos conscientes de la

misericordia de Dios y estamos deseosos de ofrecer nuestra vida entera como acción de gracias a él. “Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto” (Romanos 12:1). Cuando reflexionamos sobre todo lo que Cristo ha hecho por nosotros, queremos imitar a Dios y llevar vidas de amor. “Sed pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:1,2).

La vida del creyente santificado rebosa de alabanza. Pablo nos anima a cantar himnos y salmos “al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Efesios 5:19,20). También el apóstol nos dice: “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Colosenses 3:17). “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Tesalonicenses 5:16-18).

El pleno y seguro perdón, concedido en la justificación por medio de la fe hace posible el agradecimiento pleno y voluntario, de la vida santificada. El nuevo hombre no obedece de mala gana a Dios, sino que obedece voluntaria y gozosamente. No estamos obligados por la culpa a obedecerle, ni forzados por dudas constantes a ganar el cielo, sino que todo lo que ofrecemos a Dios es sin obligación. Esa es la forma más sincera de agradecimiento.

### ***La lucha entre el nuevo hombre y la carne pecaminosa***

La vida cristiana es la vida en paz con Dios, sin culpa ni dudas, obedeciendo voluntariamente y con agradecimiento sobreabundante. Todo eso es don de Dios. Pero la realidad es que aún tenemos nuestra carne pecaminosa aferrada a nosotros. “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien”

(Romanos 7:18). La realidad es que en este mundo pecaminoso somos al mismo tiempo santos y pecadores, justificados y aun así luchando con nuestra santificación.

El mismo apóstol Pablo, quien frecuentemente escribió sobre el gozo y agradecimiento cristianos, también se sintió forzado a confesar que existía esa terrible lucha dentro de él mismo: “Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Romanos 7:18,19).

La lucha que emprende el nuevo hombre dentro de nosotros para dominar a la naturaleza pecaminosa, se llama la buena batalla de la fe. Se llama así porque sólo el creyente tiene la habilidad de pelearla. Sólo el creyente, en quien el Espíritu Santo ha creado el nuevo hombre a la imagen de Dios, lucha constantemente por dominar al viejo hombre, esto es, la carne pecaminosa. A veces ganamos la batalla; a veces la perdemos. Pero, guiados por el Espíritu, estamos descontentos con el hecho de que hemos perdido algunas. Pablo describe su angustia personal:

Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí, pues según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Romanos 7:21-24)

### ***El crecimiento en la santificación***

Por más dura que sea la lucha del nuevo hombre contra el viejo, nunca quedamos abandonados en el campo de la batalla. Pablo contestó su propia pregunta desesperada: “¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro” (Romanos 7:24,25). Jesús, el que nos echó al campo de batalla al redimirnos del mundo incrédulo, nos

da todo lo que necesitamos para triunfar en la contienda.

Pablo se refirió a la batalla de la santificación cuando él escribió a los efesios:

Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en su fuerza poderosa. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo, porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernantes de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, habiendo acabado todo, estar firmes. (Efesios 6:10-13)

Así como los mejores soldados pueden quedarse sin municiones, también los cristianos más fuertes pueden gastar todos sus recursos defensivos peleando las batallas de la santificación. Por consecuencia, nuestra vida entera de santificación consiste en armarse continuamente con las municiones de la fe. Al crecer en el conocimiento bíblico, crecemos en nuestra fe y obras. Pablo animó a los filipenses a enfocarse en su crecimiento espiritual: “Y esto pido en oración: que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento y en toda comprensión, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (Filipenses 1:9-11).

Aunque nos gozamos en el estado de santidad otorgado a nosotros, a través de la justificación, el Espíritu Santo nos santifica con la insatisfacción con nuestra imperfección personal. El mismo perdón que remite los pecados del pasado nos motiva a abandonar aquellos pecados en el futuro. Pablo lo explica:



No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. (Filipenses 3:12-14)

El amor de Cristo a nosotros nos motiva a amarle y a conocer más acerca de él. "Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección, no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios" (Hebreos 6:1). En otras palabras, el crecer en la santificación significa que no vamos a dormirmos en nuestros laureles. Estar satisfecho con el nivel de santificación es evidencia de fe débil. Eso nos puede llevar al orgullo y motivarnos a bajar nuestras armas en la buena batalla de la fe.

El creyente santificado quiere evitar el llamado "síndrome de la confirmación", es decir, la idea de que aprendemos lo suficiente como adolescentes en las clases de catecismo para poder luchar todas nuestra batallas como adultos. "Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas" (Hebreos 6:11,12).

El Espíritu Santo nos capacita para pelear las batallas de la santificación, con los mismos medios que él usó para traernos a la fe en la justificación. Esos medios son el evangelio en la Palabra y los sacramentos. El conocimiento bíblico que proviene de la lectura personal de la Biblia, devociones familiares, asistencia a la iglesia, y estudios bíblicos, edifica nuestra fe y refuerza nuestras defensas. Si nos fiamos solamente en las enseñanzas básicas que aprendimos hace años, nuestro

crecimiento en la santificación es frustrado, y no brillaremos como luces en el mundo.

Debiendo ser ya maestros después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales, que tenéis necesidad de leche y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño. El alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal. (Hebreos 5:12-14)

Pabló también usó como ilustración a los bebés pequeños, que viven de la leche, para describir a los cristianos que son inmaduros en su entendimiento y en su vida de buenas obras. Él reprendió a los corintios: “De manera que yo, hermanos, no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, no alimento sólido, porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales. En efecto, habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales y andáis como hombres?” (1 Corintios 3:1-3). En Efesios, Pablo añadió que debemos continuar creciendo en nuestra santificación “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Así ya no seamos niños” (Efesios 4:13,14).

Nuestros líderes en la iglesia deben crecer espiritualmente en la Palabra. Pablo escribió que los diáconos “guarden el misterio de la fe con limpia conciencia” (1 Timoteo 3:9). Los pastores y ministros, reciben exhortación similar: “Ocupate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te

escuchen” (1 Timoteo 4:15,16). Aun aquellos que aspiran a oficios que se consideran de menor importancia en la iglesia tienen la necesidad de llenarse de la palabra del Espíritu. Cuando los apóstoles seleccionaron a los hombres para servir las mesas en Jerusalén, ellos buscaron a hombres “llenos del Espíritu Santo y de sabiduría” (Hechos 6:3).

### ***En esta vida nunca se alcanza la santificación completa***

A pesar de que constantemente crecemos en la fe y buenas obras, debemos confesar humildemente que nunca alcanzaremos la perfección en esta vida. Las Escrituras son inequívocamente claras en la cuestión de la perfección personal: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso y su palabra no está en nosotros” (1 Juan 1:8,10). “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Romanos 3:10-12). “Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:22,23).

La enseñanza que dice que podemos eventualmente alcanzar la perfección en esta vida, es la doctrina oficial de un gran número de las llamadas “denominaciones de santidad”. Esta jactancia de la perfección daña la relación del creyente con Dios. En primer lugar, tal como San Juan lo dijo, lo hace a Dios mentiroso. Dios dice que, a pesar de que la meta de cada creyente es la de alcanzar la perfección de Jesucristo, nunca la lograremos aquí en la tierra.

Además, el perfeccionismo daña nuestra relación con Dios, porque desprecia la obra santificadora del Espíritu. El perfeccionismo pone a un lado cada palabra de las Escrituras que nos insta a continuar creciendo en la fe. Es extraño que muchas de las iglesias que dan alta importancia al Espíritu Santo son las mismas cuyas enseñanzas de perfeccionismo menosprecian su

obra de santificación.

Una tercera debilidad mortal del perfeccionismo es que ésta promueve el orgullo pecaminoso. Si nosotros creemos que ya somos perfectos, no sentiremos la necesidad de la obra redentora de Jesucristo, ni la enseñanza de la justificación. No es sorprendente que las llamadas iglesias perfeccionistas, esto es, las iglesias de la santidad, disminuyen la importancia de los dos sacramentos: el bautismo y la Santa Cena. Si uno no anhela ser perdonado por Dios, por ende el perdón que Dios ofrece y da en los sacramentos, no tendrá valor alguno.

La humildad es uno de los dones que recibimos a través de la obra santificadora del Espíritu. La humildad del corazón, engendrada en nosotros mediante la santificación, nos mueve a apreciar nuestra justificación. Cuando regresamos a casa después de otro día lleno de luchas contra el diablo, el mundo, y nuestra carne pecaminosa, nos arrodillamos ante la cruz. Aunque nuestro nuevo hombre ha peleado la buena batalla de la fe, no ha ganado cada lucha. Llegamos a casa sucios y manchados con la sangre de nuestras derrotas, es decir, de nuestros pecados, y rogamos que nuestro Salvador nos lave de nuevo en su sangre. Llenos de pecado y casi sin municiones, pedimos ser restaurados, sabiendo bien que Dios en Cristo, ya nos ha declarado justos.

Al mismo tiempo que somos renovados en la justificación, Dios siempre nos otorga su Espíritu Santo, el cual fortalece a nuestro nuevo hombre en la imagen de Dios. Ahora estamos listos de nuevo para seguir y encarar la vida. Aceptamos la exhortación de Pablo: “Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús que, de la manera que aprendisteis de nosotros cómo os conviene conducir y agradar a Dios, así abundéis más y más...La voluntad de Dios es vuestra santificación;. . .Dios no nos ha llamado a inmundicia, sino a santificación” (1 Tesalonicenses 4:1,3,7).



**¿Qué relación existe entre  
nuestras buenas obras y la  
justificación?**

Nuestra vida demuestra la fe  
justificadora que está en nuestro  
corazón.



## 8

# ¿Qué relación entre nuestras buenas obras y la justificación?

### *La justificación invisible*

La justificación, por Cristo solo, por la gracia sola, por medio de la fe sola, es invisible. Fue declarada en el corazón de Dios y se recibe a través de la fe en el corazón del creyente. Aunque se proclama abiertamente en el evangelio de las Escrituras, el mundo no puede ver la justificación. Aun los cristianos no podemos ver la justificación en el corazón de otros creyentes. Sólo Dios conoce los que son de él (Lucas 16:15; 2 Timoteo 2:19). Pablo dijo a los colosenses: “Y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3).

***La justificación visible***

Las Sagradas Escrituras también enseñan de una justificación visible. Aun cuando los demás cristianos y el mundo a nuestro alrededor no pueden ver nuestra fe, sí son capaces de ver los frutos de nuestra fe. El resultado de nuestra fe, particularmente nuestras buenas obras, testifican la presencia de la fe invisible en nuestro corazón. De esta manera somos justificados visiblemente por nuestras obras. Otros nos consideran justos, cuando nuestras buenas obras muestran que somos creyentes.

Jesús habló acerca de esta justificación visible, diciendo a sus discípulos: “ En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros” (Juan 13:35). También dijo: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen... para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:44,45).

Nuestro Señor también vinculó la evidencia de las buenas obras al juicio final. Cuando los fariseos le acusaron de estar en alianza con el diablo, Jesús dijo que él y todos serán justificados por sus acciones:

Si el árbol es bueno, su fruto es bueno; si el árbol es malo, su fruto es malo, porque por el fruto se conoce el árbol. ¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos?, porque de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas, y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas. Pero yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio, pues por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado. (Mateo 12:33-37).

La parábola de nuestro Señor, acerca de las ovejas y los Cabritos, en el juicio final es otro ejemplo (Mateo 25:31-46).



Jesús dijo que a su izquierda estarán aquellos que no le sirvieron en la tierra. A su derecha estarán aquellos quienes proveyeron comida, agua, ropa, y auxilio, a los necesitados en esta vida. La fe invisible en sus corazones, será visible debido a la evidencia de sus acciones.

Los apóstoles nos recuerdan que nuestras buenas obras son prueba de nuestra fe, no solamente para los demás sino también para nosotros mismos. Cuando Pedro nos dijo: “Tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección” (2 Pedro 1:10), él estaba animándonos a producir los frutos de la fe, que son evidencia a nosotros mismos de la presencia de la fe en nuestro corazón. Juan también habló de cómo nuestras buenas obras son prueba visible a nosotros mismos de la fe salvadora en nuestro corazón: “En esto sabemos que nosotros lo conocemos, si guardamos sus mandamientos” (1 Juan 2:3). “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos” (1 Juan 3:14).

Las palabras escritas por Santiago acerca de este tema son las más notables de entre las escritas por los apóstoles:

Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, calentaos y saciaos”, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta. (Santiago 2:14-17)

Lo que Santiago escribió en su epístola confunde a algunos, porque él usó exactamente la misma palabra para la justificación por obras al igual que Pablo la usó para la justificación por fe. Santiago escribió: “Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe” (2:24). Cuando él escribió que una persona no es justificada por la fe sola, dio la

impresión de estar contradiciendo directamente lo que se enseña claramente en el resto de las Escrituras, y especialmente en las cartas de Pablo. El mismo Lutero tuvo problemas con esto. En el principio de su ministerio, él se refirió a la epístola de Santiago como “una epístola de paja” y se preguntó si el libro realmente pertenecía a los escritos inspirados del Nuevo Testamento. A Lutero le parecía que Santiago estaba contradiciendo la más importante verdad de la reforma.

Sin embargo, el contexto de la carta y las propias palabras de Santiago, muestran que él no se opuso a la justificación por la fe sola, sino que escribió su carta para combatir lo que se puede llamar “la ortodoxia muerta”. La gente estaba aferrándose a la verdad de la justificación por fe, de lo cual Pablo había escrito antes, pero con una seguridad falsa, ellos empezaron a usar la preciosa verdad del pleno y gratuito perdón, como una excusa para no vivir moralmente. En el inicio de la carta, Santiago reveló la razón por la cual la escribió, exhortando a sus lectores: “Sed hacedores de la palabra y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (1:22).

La manera en la que los miembros de la congregación se estaban tratando uno al otro, evidenció que los lectores de Santiago habían llegado a ser indiferentes en su búsqueda de las buenas obras. Ellos estaban desatendiendo las necesidades físicas de las viudas y huérfanos, y discriminando abiertamente a los pobres. Pero en sus propias palabras, Santiago aclaró que cuando él habla de la justificación por obras, no está hablando de ganar la salvación, sino de demostrar la fe en el corazón. La justificación por la fe sola, es la que gana la salvación, mientras la justificación por las obras muestra al mundo que la salvación ha sido ganada. Así que Santiago escribió: “Yo te mostraré mi fe por mis obras” (2:18). Su comentario final acerca de este tema no deja dudas: “Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta” (2:26). La sola fe salva; pero la fe sin obras está muerta. Las buenas obras muestran que esa fe está viva.

***No hay conflicto entre los dos tipos de justificación***

La justificación invisible por la gracia sola, y la justificación visible por obras, no se contradicen la una con la otra. Estas dos justificaciones no son dos formas alternativas o competitivas, para ganar la salvación. El hecho de que la Biblia menciona tan seguido la justificación visible por obras, no hace a un lado su mensaje claro de la justificación invisible por la fe sola. Las buenas obras son la evidencia de la fe y son realizadas sólo por los creyentes (Hebreos 11:6). Las buenas obras justifican a una persona ante los demás, porque éstas muestran que la persona es creyente. Sin embargo, es la fe en Cristo solo que nos da la justicia perfecta que necesitamos para entrar en el cielo.

El deber de la iglesia es el de enseñar continuamente la justificación por obras, aunque puede ser que nuestros maestros de hoy en día omitan esta enseñanza hasta cierto punto. No obstante, existen dos razones importantes por las que se debe enseñar la justificación por obras tanto como la que es por la fe. La primordial es el hecho de que el mismo Espíritu Santo enuncia ambas enseñanzas en las Escrituras.

Al enseñar claramente la justificación por las obras, expresaremos nuestra confianza en que esta enseñanza de ninguna manera anula la justificación por medio de la fe sola. Si tenemos miedo de enseñar la justificación por obras, podemos dar lugar a malas impresiones. Para algunos, podemos levantar dudas acerca de si la justificación por obras es compatible con la justificación por medio de la fe. Para otros puede existir la simple pregunta: ¿Por qué no predicamos la voluntad completa de Dios? (Hechos 20:27). El no predicar la justificación por obras insinúa que las Escrituras se contradicen entre ellas.

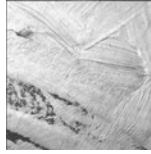
La otra razón por la que queremos predicar la justificación por obras, es nuestra confianza en que toda Escritura es útil para enseñar (2 Timoteo 3:16). Podemos estar seguros de que la justificación por obras no anula la justificación por medio de la fe sola. No sólo entenderemos mejor nosotros mismos la justificación por la fe sola, sino que el mundo incrédulo que no

puede ver la fe justificadora en nuestro corazón, será llevado por nuestras buenas obras a notar su presencia. Nuestra vida moral refleja el poder de la verdad principal de la Biblia, a aquellos que no la leen.



# **¿Cuál es el estado actual de los justificados?**

El de santos, sacerdotes, hijos de Dios, y herederos del cielo.



## 9

### ¿Cuál es el estado actual de los justificados?

El plan principal que el diablo pone en acción para atacar nuestra fe cristiana, es el de la acusación. Su deseo es que creamos que nuestros pecados son imperdonables ya sea por su magnitud, cantidad, o frecuencia, con la que los cometemos. Para consolarnos a nosotros los pecadores cuando el diablo nos acusa, los santos escritores de la Biblia emplearon una variedad de ilustraciones para darnos la seguridad de que somos verdaderamente perdonados. Cada una de estas palabras nos recuerdan del estado que gozamos ante Dios aquellos que somos justificados mediante la fe.

#### *Santos*

Una de las palabras usadas con más frecuencia para describir el estado del creyente ante Dios es el de *santo*. En los saludos que se encuentran en el principio de las cartas que San Pablo envió a

las diversas congregaciones, él llamó santos a los miembros de esas iglesias: “A los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso” (Efesios 1:1), “A todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos” (Filipenses 1:1), “A la iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los santos que están en toda Acaya” (2 Corintios 1:1), “A todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos” (Romanos 1:7), “A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro” (1 Corintios 1:2), “A los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas” (Colosenses 1:2).

Lo notable de estas congregaciones es que en todas ellas se encontraron pecadores. En cada una de sus cartas con la excepción de una, Pablo escribió con la intención de corregir serios errores morales y falsas doctrinas. Aun así, él llamó santos a toda la gente de esas iglesias. Este término describe el estado de santidad que todos los lectores de Pablo tienen ante los ojos de Dios, mediante la justificación. Pablo claramente usó la palabra santo como sinónimo de creyente.

A menudo la Biblia usa la palabra santo para referirse a aquellos quienes han sido justificados por la fe en Cristo Jesús, y ahora están viviendo en fe aquí en la tierra. En unas pocas ocasiones, la Biblia se refiere a los ángeles de Dios como santos (Judas 14) y en un par de instancias, aquellos que han muerto en la fe y están en los cielos, son llamados santos (Mateo 27:52). Sin embargo, la palabra santo se refiere más comúnmente a los creyentes quienes están aún viviendo en la tierra. Un santo es aquel a quien Dios ha declarado santo mediante la justificación.

Por supuesto, la iglesia católica romana usa la palabra santo en una forma en la que la Biblia no lo hace. Aquellos que han demostrado una vida ejemplar de servicio y han realizado algún milagro pueden ser declarados santos por la iglesia romana. Pero debemos reconocer que tales santos son simplemente poseedores de un título humano otorgado por hombres. Es para el gozo y



consuelo, de todos los cristianos, que Dios mismo nos considera santos y nos da ese nombre en su Palabra. Nuestro título fue ganado por Jesús, quien vivió de manera perfecta en nuestro lugar. Su perfección, su santidad, se acredita a nosotros en la justificación por medio de la fe.

Lutero habló extensamente acerca de la seguridad que los cristianos reciben de su estado de santos ante Dios:

Así como no debemos negar que somos bautizados o que somos cristianos, tampoco debemos negar o dudar que somos santos. Sería bueno enfatizar mucho esto con la gente y acostumbrarla a no estar atemorizada o asustada por ello. Por ejemplo, yo y otros estábamos tan profundamente sumergidos en la vida monástica y la incredulidad, que yo estaba atemorizado por pensar que un hombre debe considerarse santo en la tierra o permitir que otros lo llamaran así. Porque nuestros pensamientos sólo flotaron entre los santos y benditos difuntos en el cielo, aunque en la Escritura la palabra “santo” siempre se aplica a los que están viviendo en la tierra. Así San Pablo pide en casi todas sus epístolas que saluden a los santos. Él dice: “Todos los santos os saludan” (2 Corintios 13:12). Y en 1 Timoteo 5:10, él habla de las viudas que han lavado “los pies de los santos”. En estos instantes, él emplea la palabra “santos” haciendo referencia a todos los cristianos. Además, en la antigua iglesia cristiana, los miembros tuvieron por mucho tiempo la costumbre de llamarse santos unos a otros. Tal costumbre debe aún prevalecer porque no es arrogante por parte de los cristianos llamarse santos unos a otros por causa de Cristo. Tal práctica es gloria y alabanza a Dios.<sup>26</sup>

Como una forma de oponerse a las acusaciones de Satanás, las Escrituras vinculan muchas exhortaciones alentadoras a

nuestro estado como santos. Por ejemplo, los santos saben que el Espíritu Santo ora por ellos: “Porque conforme a la voluntad de Dios [el Espíritu] intercede por los santos” (Romanos 8:27). Además, cuando nuestras conciencias nos acusan, él “hablará paz a su pueblo y a sus santos” (Salmo 85:8). Los santos no se preocupan por si su recompensa eterna está en peligro: “Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha llamado, cuál es la riqueza de su gloriosa herencia entre los santos, y cuán incomparable es la grandeza de su poder a favor de los que creemos” (Efesios 1:18,19 NVI).

Estamos seguros que estaremos en el día final con nuestro Salvador: “¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo? (1 Corintios 6:2). Debido a que Dios nos considera santos, nunca tenemos que dudar del amor del Padre: “Y pido que, arraigados y cimentados en amor, puedan comprender junto con todos los santos, cuán ancho y largo, alto y profundo, es el amor de Cristo” (Efesios 3:17,18 NVI).

### ***Los que llevan vestiduras blancas***

Setecientos años antes de que Jesús viniera a la tierra, Isaías habló del gozo que tiene cada creyente en el Salvador, a través de la justificación por fe: “En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios, porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió y como a novia adornada con sus joyas” (Isaías 61:10).

Llevar vestiduras de justicia también es una ilustración que se encuentra en el Nuevo Testamento, para describir al justificado. Frecuentemente se encuentra junto con una comparación con el matrimonio. Por ejemplo, Pablo habló de Jesús como el novio y la iglesia como la novia, cuando escribió: “Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que

fuera santa y sin mancha” (Efesios 5:25,27). Jesús hizo alusión a esta comparación en su parábola del banquete de bodas: “Cuando entró el rey para ver a los invitados, vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda” (Mateo 22:11). Jesús dijo que ese hombre fue echado “a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (versículo 13).

La mayoría de las referencias sobre vestiduras blancas que se hacen en el libro de Apocalipsis, son respecto a los creyentes que ya se encuentran en el cielo. Sin embargo, las vestiduras blancas ya nos pertenecen a los santos en la tierra. Jesús dijo a la iglesia en Sardis: “Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El vencedor será vestido de vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida” (Apocalipsis 3:4,5).

### *Sacerdotes*

Sacerdote es otro término bíblico usado para describir al creyente que ha sido justificado a través de la fe. San Juan ofreció una doxología a Jesús por habernos hechos sacerdotes en el reino de Dios: “Al que nos ama, nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre, a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén” (Apocalipsis 1:5,6).

Desdichadamente, el hecho de que muchos no entienden esa palabra les impide pensar en ellos mismos como sacerdotes de Dios. Frecuentemente unos, al escuchar ese término, piensan en los sacerdotes del Antiguo Testamento, los cuales ofrecieron sacrificios en nombre de la gente como símbolo de lo que el Salvador venidero haría por todo el mundo. La iglesia católica romana empeora este malentendido al llamar a sus clérigos *sacerdotes*. Roma enseña que la gente tiene que participar en su propia salvación, al ofrecer sacrificios a Dios. Así que sus sacerdotes, según su punto de vista, están realizando sacrificios por ellos mismos y por parte de su gente para ganar una parte de

su perdón.

La Biblia tiene un punto de vista completamente diferente. Después de la venida de Cristo, el tipo de sacerdote que se menciona en el Antiguo Testamento ya no es necesario. La ley del Antiguo Testamento que estableció el sacerdocio fue “la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas” (Hebreos 10:1). Las diversas ceremonias y sacrificios del Antiguo Testamento fueron “sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo” (Colosenses 2:17). Ellos sirvieron su propósito de señalar al sacrificio de Cristo que estaba por venir. Pero ahora que Cristo ha venido, no más sacrificios por el pecado son necesarios.

La venida del gran Sumo Sacerdote, Jesucristo, terminó el sacerdocio del Antiguo Testamento y todos sus sacrificios por el pecado. Eso es el mensaje consistente de las Escrituras:

Ciertamente, todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados. Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios ...Y así, con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados . . . Pues donde hay remisión de estos [pecados e iniquidades] no hay más ofrenda por el pecado. (Hebreos 10:11-18)

Sin embargo, existen sacerdotes en el Nuevo Testamento, porque todos los que son del pueblo de Dios son sacerdotes. Pedro escribió: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5). Lutero insistió en que todos los creyentes se consideraran a ellos mismos sacerdotes:

Un sacerdote, especialmente en el Nuevo Testamento, no se hace, sino nace; no fue ordenado, sino creado. Verdaderamente no nació de carne, sino mediante nacimiento del Espíritu, del agua por la obra del Espíritu en el lavamiento de la regeneración [Juan 3:6 en adelante; Tito 3:5 en adelante]. En verdad, todos los cristianos somos sacerdotes y todos los sacerdotes somos cristianos. Digno de condenación es cualquier aserción de que un sacerdote sea algo más que un cristiano, porque tal aserción no se apoya en la Palabra de Dios sino solamente en opiniones humanas.<sup>27</sup>

Los sacerdotes del Nuevo Testamento también realizan sacrificios, pero éstos no se hacen como pago por los pecados porque Jesús ya pagó por ellos. “Pero ahora, en la consumación de los tiempos, [Cristo] se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (Hebreos 9:26). Nuestros únicos sacrificios como sacerdotes de Dios, son ofrendas de acción de gracias. Vivimos para adorar a Jesús por su sacrificio consumado. “Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9).

Nuestras ofrendas sacerdotales de acción de gracias provienen directamente de la misericordia de Dios, mostrada a nosotros en la justificación. Pablo escribió al respecto: “Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto” (Romanos 12:1). La vida cristiana es total y continuo sacrificio. “Sed pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios de olor fragante” (Efesios 5:1,2).

Como miembros del sacerdocio universal de creyentes, nuestros sacrificios incluyen nuestras buenas obras, nuestras

ofrendas generosas, nuestro servicio al prójimo y, sobre todo, la gloria que damos a Dios, al proclamar la justificación al mundo. Pero existe otra parte importante de nuestro servicio sacerdotal: la oración. Cuando oramos por nosotros mismos y otros, disfrutamos del mismo privilegio que disfrutaron los sacerdotes del Antiguo Testamento y nuestro Sumo Sacerdote, Jesucristo. Puesto que hemos sido justificados por medio de la fe, “tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes” (Romanos 5:2). Podemos hacer lo que ningún incrédulo puede: podemos venir directamente ante el trono de Dios, y en el nombre de Jesús podemos tener la certeza de que cada una de nuestras oraciones será escuchada y contestada. “En quien tenemos seguridad y acceso con confianza, por medio de la fe en él” (Efesios 3:12).

Este gran privilegio que posee cada creyente proviene directamente del sacrificio consumado de nuestro gran Sumo Sacerdote, Jesucristo.

Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro. (Hebreos 4:14-16)

Las Escrituras nos invitan a hacer uso de nuestro privilegio sacerdotal de la oración. Pablo escribió: “Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres, por los reyes y por todos los que tienen autoridad, para que vivamos quietos y reposadamente en toda piedad y honestidad” (1 Timoteo 2:1,2). Pedro ligó nuestras oraciones a nuestro sacrificio de vidas piadosas: “El fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios

y velad en oración” (1 Pedro 4:7). Santiago añadió: “Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16).

En el reino de Dios, el reino de aquellos quienes hemos sido justificados por medio de la fe, todos somos sacerdotes. Cada cristiano ofrece sacrificios de acción de gracias al vivir de manera que glorifica a Dios, y al servir como testigo de su gran Sumo Sacerdote, Jesucristo. Y cuando se presentan obstáculos en nuestro camino de servicio sacerdotal, tenemos el privilegio sacerdotal de la oración, con acceso directo a la diestra de Dios, donde nuestro gran Sumo Sacerdote está sentado. El privilegio y la bendición de este sacerdocio son nuestros, por medio de la fe.

### ***Miembros de la familia de Dios***

La familia terrenal ofrece estabilidad, estímulo mutuo, un sentido de aceptación, y un lugar donde regresar cuando el mundo se torna demasiado difícil. El concepto de familia representa algo confortable, o en otras palabras: donde está la familia, ahí está el hogar. Todas estas bendiciones y más se derivan de nuestra membresía en la familia de Dios. “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1).

El ser un miembro de la familia de Dios, es un privilegio disfrutado por sólo aquellos que hemos sido justificados por medio de la fe. Así como son los santos y los sacerdotes, los justificados somos completamente hijos e hijas de Dios. Él no tiene hijastros. Al declararnos justos, Dios nos arrebató del control de Satanás y nos colocó en la familia de Dios. “Por eso, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios” (Efesios 2:19). “Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo” (Gálatas 3:26).

Los lazos que tenemos como familia de Dios, por medio de la fe son más fuertes que el parentesco de sangre que

compartimos en nuestras relaciones humanas. “Más a todos los que lo recibieron [a Jesús], a quienes creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios. Estos no nacieron de sangre, ni por voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:12,13). La justicia que Dios ha declarado como nuestra, mediante la fe es el lazo que nos une a nuestro Padre celestial. “Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11).

Así como los lazos familiares entre los miembros de la familia de Dios son más fuertes, así también las bendiciones de ser hermanos y hermanas de Jesucristo, son más grandes que las que recibimos de nuestras familias terrenales (vea Romanos 9:8). Jesús hizo la siguiente comparación: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lucas 11:13). David profesó tener mayor confianza en la familia de Dios que en sus relaciones terrenales: “Aunque mi padre y mi madre me dejen, con todo, Jehová me recogerá” (Salmo 27:10).

### ***Herederos***

Estrechamente conectado a esa posición, de formar parte de la familia de Dios, es la herencia que los hijos de Dios reciben. San Pablo habló de esa conexión: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:16,17).

Al igual que la justificación por medio de la fe, nuestra posición como herederos, no es algo que ganamos ni tampoco algo que recibimos gradualmente. Desde el instante en que somos convertidos, recibimos todos los derechos como sus hijos. “Nos salvó . . . por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo, nuestro Salvador, para que,



justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3:5-7). Eso fue cierto para los creyentes del Antiguo Testamento, tal como Noé quien por su fe “condenó al mundo y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe” (Hebreos 11:7). Esa misma herencia recibimos nosotros, los creyentes del Nuevo Testamento: “Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendencia de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:29).

Obviamente, nuestra herencia consiste en nuestra recompensa final en el cielo. “Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? (Santiago 2:5). “Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Romanos 8:17). Pero en la tierra ya existen privilegios que reciben los herederos de Dios. “¿No son todos [los ángeles] espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos la salvación?” (Hebreos 1:14). Vivimos con la confianza diaria de que nuestro Padre amoroso usa y controla las peores dificultades de nuestra vida para nuestro bien eventual. “Porque el Señor disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como hijo. Lo que soportan es para su disciplina, pues Dios los está tratando como hijos” (Hebreos 12:6,7 NVI).

### ***Unidad con Dios***

Detrás de todos los títulos que las Escrituras otorgan a los creyentes (santos, sacerdotes, hijos de Dios, y herederos), yace la verdad que mediante la justificación estos comparten muy estrecha unión con Dios. El elemento esencial de esa unión con Dios es la santidad, es decir, la perfección que Dios cuenta ahora como nuestra, en la justificación por medio de la fe.

Por supuesto, la santidad que compartimos con Dios, es el fundamento para la unidad que compartimos con todos nuestros hermanos cristianos. La diferencia entre los judíos y gentiles, fue

eliminada por Jesús, cuya perfección es acreditada igualmente a ambos mediante la fe: “Para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades” (Efesios 2:15,16). De hecho, la unidad que la perfección de Cristo provee, elimina cada división de raza, sexo, y clase social: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).

Puesto que nuestra unidad con nuestros hermanos cristianos y con Dios mismo, es establecida mediante la fe, cada medio por el cual el Espíritu Santo crea y fortalece la fe, produce tal unidad. Por ejemplo, Pablo dijo que la unión con Dios y con nuestros hermanos creyentes es ofrecida y dada a nosotros en la Santa Cena: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión en la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo, pues todos participamos de aquel mismo pan” (1 Corintios 10:16,17).

El llamado del evangelio a la fe y el poder del bautismo también otorgan la unidad con Dios y los creyentes: “Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (Efesios 4:4-6).

Pablo expresó esta unidad en una forma muy concreta al referirse a todos los creyentes como el cuerpo de Cristo y a Cristo como la cabeza del cuerpo. “Así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo, porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, tanto judíos como griegos, tanto esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu. Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo y miembros cada uno en particular” (1 Corintios 12:12,13,27). “Así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en

Cristo, y todos miembros los unos de los otros” (Romanos 12:5).

Nuestra nueva unión con Dios, mediante la justificación, es tan indescriptiblemente íntima, que ésta ha sido llamada la unión mística. Este término proviene de la comparación hecha por Pablo, de la unión entre Cristo y los creyentes, a la unión de una sola carne del matrimonio. El escribió: “Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador” (Efesios 5:23). El continuó diciendo que la intimidad de esta unión es un misterio:

Pues nadie odió jamás a su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio, pero yo me refiero a Cristo y a la iglesia. (Efesios 5:29-32)

En el aposento alto Jesús habló acerca de esta unión mística. Él dijo que la unidad entre los creyentes, es la misma que la unión entre él y el Padre. Jesús oró al Padre: “Pero no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan 17:20,21).

La justificación completa, gratuita, e inmediata, que recibimos por medio de la fe, está repleta de promesas acerca de nuestro estado delante de Dios. En la declaración de “no culpable” hecha por Dios a los pecadores, él también nos concede los nombramientos de santos, sacerdotes, miembros de su familia, y herederos. Además, Jesús nos abrumba al decirnos que compartimos la misma unión con él, como la que él comparte con Dios el Padre. ¡Que gracia tan sublime! Pero Dios en su sabiduría y amor, sabe que necesitamos cada una de esas promesas para encarar las acusaciones constantes de Satanás.

Necesitamos cada promesa, cada título otorgado, cada oficio declarado, para asegurarnos que Dios nos ha recibido como suyos en Cristo y no nos abandonará.



# **¿Cuál es el estado final de los justificados?**

En el cielo llevaremos puestas las vestiduras blancas de la perfección.



## 10

# ¿Cuál es el estado final de los justificados?

### *La imagen de Cristo*

Cuando lleguemos al cielo, Dios hará que cada uno de nosotros sea lo que él nos ha declarado ser en la tierra. A todos los que Dios ha declarado santos por la sangre de Cristo, él los convertirá en santos a la imagen de Cristo. Nuestro cuerpo y alma, poseerán la imagen de Jesús, quien asumió cuerpo y alma, humanos para redimirnos. “Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

Cuando lleguemos a las puertas del cielo, Dios completará en nosotros el proceso gradual de la santificación. Hará que cada uno de nosotros sea lo que él nos ha declarado ser mediante la fe en Cristo Jesús. En la resurrección de Jesús, Dios dio su veredicto justificador de “no culpable” con el resultado que en la resurrección nuestra, Dios nos hará santos a cada uno

personalmente. “Porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3:3,4).

El tener la imagen de Cristo completamente restaurada en nosotros, significa que nunca más tendremos nuestra naturaleza pecaminosa, ni la guerra constante que esa naturaleza pelea en contra del nuevo hombre. La imagen de Dios consiste en el conocimiento perfecto y la santidad personal. Aun ahora, el nuevo hombre “conforme a la imagen del que lo creó se va renovando, hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:10). Pero en el cielo nuestro conocimiento será perfectamente renovado como lo fue en el huerto de Edén antes de la caída al pecado. “Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Corintios 13:12).

Desde el momento en que fuimos justificados mediante la fe, el Espíritu Santo creó un nuevo hombre en nosotros. Este nuevo hombre es “creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24). Aunque el nuevo hombre ya es una creación perfecta de Dios, la persistencia del viejo Adán nos priva de vivir de manera verdaderamente santa. Pero en el cielo seremos verdaderamente justos. David vivió con esta confianza en la resurrección final: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Salmo 17:15).

### *Vestiduras blancas*

La Biblia describe a la imagen justa de Cristo, la cual pertenecerá a nosotros completamente en el cielo, como vestiduras blancas. Las togas blancas en que fuimos revestidos mediante la justificación, llegarán a ser posesión permanente en el cielo. “Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras y andarán conmigo en vestiduras



blancas, porque son dignas. El vencedor será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida” (Apocalipsis 3:4,5). En la visión que Juan tuvo del cielo, él vio a los benditos vestidos de ropas blancas: “Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: ‘Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?’ Yo le dije: ‘Señor, tú lo sabes’. Y él me dijo: ‘Éstos son los que han salido de la gran tribulación; han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero’” (Apocalipsis 7:13,14).

La perfección de la que gozan los creyentes en el cielo, es también ilustrada como luz deslumbrante. Esto es consistente en las muchas vislumbres que la Biblia da de la santidad de Dios, en la tierra. El rostro de Moisés reflejaba la gloria de la perfección de Dios, cuando él descendió del monte Sinaí (Éxodo 34:29-35; 2 Corintios 3:13). Jesús apareció con Moisés y Elías en el monte de la Transfiguración, mostrando similar esplendor (Lucas 9:29-31). Daniel dice que los santos en el cielo de la misma manera reflejarán la gloria de la santidad de Dios: “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas, a perpetua eternidad” (Daniel 12:3).

### *Novia del Cordero*

En el capítulo 9, vimos que la justificación une a los creyentes con Cristo, en santo matrimonio, el cual se verá consumado en el cielo. En Apocalipsis, la visión de las vestiduras blancas y la de las bodas del Cordero, están conectadas: “Gocémonos, alegrémonos, y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio, y resplandeciente (pues el lino fino significa acciones justas de los santos)” (Apocalipsis 19:7,8).

Más adelante, Juan presenció la luna de miel eterna de la novia de Cristo: “Ven acá, te mostraré la desposada, la esposa del

Cordero. Me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto y me mostró la gran ciudad, la santa Jerusalén, que descendía del cielo de parte de Dios” (Apocalipsis 20:4).

### ***Cuerpos espirituales***

Cuando Dios destruya el pecado que mora en nosotros, las consecuencias que éste ocasiona también desaparecerán. “Así también sucede con la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonor, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual” (1 Corintios 15:42-44). En otras palabras, nuestros cuerpos serán como el cuerpo resucitado de Cristo. “Pero nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:20,21).

Nuestro nuevo cuerpo espiritual recibirá su vida de Dios y será consagrado al servicio de él. Los santos en el cielo “están delante del trono de Dios y lo sirven día y noche en su templo . . . el Cordero que está en medio del trono los pastoreará y los guiará a fuentes de aguas vivas” (Apocalipsis 7:15,17). No habrá necesidad del matrimonio en el cielo. “Cuando resucitan de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como los ángeles que están en los cielos” (Marcos 12:25).

Los problemas externos que resultan del pecado también desaparecerán. “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron” (Apocalipsis 21:4). “Y no habrá más maldición” (Apocalipsis 22:3). Pablo anhelaba una eternidad libre de los problemas de este mundo: “Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Romanos 8:23).

### *Jueces*

Puesto que compartiremos la santidad de Cristo, también compartiremos su trabajo por la eternidad y una parte de su trabajo es el de servir como juez. Nuestro Señor nos prometió: “Yo, pues, os asigno el Reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Lucas 22:29,30). Pablo preguntó retóricamente a los corintios: “¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo? (1 Corintios 6:2). En su visión, Juan vio a los santos en el cielo juzgando: “Vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar . . . Y vivieron y reinaron con Cristo mil años” (Apocalipsis 20:4).

### *Sacerdotes*

Aquellos que describen a los santos en el cielo como serenamente aburridos no han leído las Sagradas Escrituras. Las caricaturas que muestran a los benditos con aureolas en sus cabezas, flotando sobre las nubes, y tocando arpas, tampoco encuentran su base en las Escrituras. Nosotros que poseemos la imagen de nuestro santo Dios estaremos constante y gozosamente ocupados. No sólo seremos jueces sentados en tronos alrededor de Cristo, sino también seremos sacerdotes activos. “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre estos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años” (Apocalipsis 20:6).

Nuestra estancia en el cielo será de servicio significativo y alabanza al Dios, quien nos justificó por los méritos de Cristo. La presencia bienaventurada de Dios provocará nuestro servicio eterno. “El trono de Dios y del Cordero estará en [la ciudad], sus siervos lo servirán, verán su rostro y su nombre estará en sus frentes. Allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 22:3-5).

***La justificación es una ancla***

Dios siempre cumple sus promesas. La justificación por la fe nos mantiene anclados, a sus promesas cumplidas del pasado, y a la confiabilidad de sus promesas de la gloria futura. Todas las promesas de la vida futura están enlazadas directamente a la declaración de justicia hecha por Dios ahora mismo. Ciertamente Lutero y los reformadores, estaban en lo cierto cuando ellos observaron en las Escrituras que la justificación por la fe es la enseñanza principal de la cristiandad. Que Dios en su gracia nos ayude a siempre considerarla como tal.

Tu sangre, ¡oh Cristo!, y tu justicia  
Mi gloria y hermosura son;  
Feliz me acerco al Padre eterno,  
Vestido así de salvación.

Seguro estoy que el Hijo amado,  
Que por mí aboga en gloria allá,  
Pagó muriendo mi rescate;  
La vida eterna diome ya.

Al responder al llamamiento  
A estar feliz contigo allí.  
Habrá de ser mi canto eterno:  
“Moriste Tú, Jesús, por mí.”<sup>28</sup>





## Notas finales

- 1 Martín Lutero, *Luther's Works*, editado por Jaroslav Pelikan y Helmut T. Lehmann, Edición Americana, Volumen 26 (St. Louis: Concordia Publishing House; Philadelphia: Fortress Press, 1955-1986), p. 9.
- 2 Fórmula de Concordia, Epítome, Artículo III:7, *Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, editado por Dr. Andrés A. Meléndez (St. Louis: Concordia Publishing House, 1989), p. 508,509.
- 3 *What Luther Says: An Anthology*, compilado por Ewald M. Plass, Volumen 2 (St. Louis: Concordia Publishing House, 1959), p. 701.
- 4 *Luther's Works*, Volumen 27, p. 242.
- 5 *Luther's Works*, Volumen 26, p. 183,184.
- 6 *Luther's Works*, Volumen 27, p. 242.
- 7 Joh. P. Meyer, *Ministers of Christ: A Commentary on the Second Epistle of Paul to the Corinthians*, (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1963), p. 112.
- 8 *What Luther Says*, p. 703.
- 9 *What Luther Says*, p. 704.
- 10 Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo III:6, Meléndez, p. 583.
- 11 Armin W. Schuetze, "The Presupposition of Justification: The Son of Man and the Holiness of God," en *His*

*Pardoning Grace*, editado por Siegbert Becker (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1966), p. 3.

- 12 *Culto Cristiano*, (St. Louis: Concordia Publishing House, 1995), p. 18.
- 13 *Culto Cristiano*, Himno 219:2.
- 14 Armin Schuetze, *His Pardoning Grace*, p.3.
- 15 *Luther's Works*, Volumen 26, p. 126.
- 16 Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo III:15, Meléndez, p. 584.
- 17 *What Luther Says*, p. 709.
- 18 *Culto Cristiano*, Himno 223:1,2.
- 19 Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo XI:15, Meléndez, p. 674.
- 20 Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo XI:28, Meléndez, p. 675.
- 21 Apología de la Confesión de Augsburgo, Artículo IV: 103, Meléndez, p. 95.
- 22 Catecismo Mayor, la tercera parte, 8, Meléndez, p. 461.
- 23 *What Luther Says*, p. 707.
- 24 *Culto Cristiano*, Himno 202:1.
- 25 La Confesión de Augsburgo, Artículo IV:1, Meléndez, p.
- 26 *Luther's Works*, Volumen 24, pp. 170,171.
- 27 *Luther's Works*, Volumen 40, p. 19.
- 28 *Culto Cristiano*, Himno 218:1,3,4.



## Para lectura adicional

En Español:

Confesión de Augsburgo, Artículo IV; Apología de la Confesión de Augsburgo, Artículo IV; Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo III. *Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, editado por Dr. Andrés A. Meléndez. St. Louis: Concordia Publishing House, 1989.

En Inglés:

Becker, Siegbert. “Universal Justification.” en *Our Great Heritage*. Volumen 3. Editado por Lyle W. Lange. Milwaukee. Northwestern Publishing House, 1991.

Dobberstein, Leroy A. “The Doctrine of Justification in the Light of Present Problems.” *Wisconsin Lutheran Quarterly*, Volumen 84, Número 1 (Invierno 1987).

Pieper, Francis. *Christian Dogmatics*. Volumen 2. St. Louis: Concordia Publishing House, 1951.



## Índice de textos bíblicos

|                 |                   |
|-----------------|-------------------|
| <b>Génesis</b>  | 85:8—104          |
| 3—23            | 145:17—35         |
| 3:1—24          |                   |
| 3:6—24          | <b>Proverbios</b> |
| 3:12—27         | 14:12—24          |
| 15—13           |                   |
| 15:6—13,17      | <b>Isaías</b>     |
|                 | 6:3—35            |
| <b>Éxodo</b>    | 9:6—39            |
| 34:29-35—119    | 28:16—59          |
|                 | 53:7,8—40         |
| <b>Levítico</b> | 61:10—104         |
| 11:44—37        |                   |
| <b>Salmos</b>   | <b>Jeremías</b>   |
| 11:7—36         | 31:34—18          |
| 13:5—58         |                   |
| 17:15—118       | <b>Ezequiel</b>   |
| 27:10—110       | 18:32—50          |
| 32—13           |                   |
| 49:7-9—38       | <b>Daniel</b>     |
| 51:7—41         | 12:3—119          |

|                |          |
|----------------|----------|
| <b>Habacuc</b> | 22:42—40 |
| 2:4—16         | 23:43—71 |
|                | 24:47—51 |
| <b>Mateo</b>   |          |
| 1:23—39        |          |
| 3:15—43        |          |
| 5:17—42        |          |
| 5:44,45—94     |          |
| 5:48—30        |          |
| 6:24—70        |          |
| 8:10—70        |          |
| 9:2—73         |          |
| 12:20—73       |          |
| 12:33-37—94    |          |
| 15:28—70       |          |
| 22:11—105      |          |
| 22:13—105      |          |
| 25:31-46—94,95 |          |
| 27:46—40       |          |
| 27:52—102      |          |
| <b>Marcos</b>  |          |
| 9:24—71        |          |
| 12:25—121      |          |
| 16:16—70       |          |
| <b>Lucas</b>   |          |
| 2:27—43        |          |
| 2:41-52—43     |          |
| 9:29-31—119    |          |
| 11:13—110      |          |
| 16:15—93       |          |
| 18:11,12—29    |          |
| 18:14—17       |          |
| 22:29,30—121   |          |
| <b>Juan</b>    |          |
| 1:1—39         |          |
| 1:12,13—110    |          |
| 1:14—39        |          |
| 1:16-18—38     |          |
| 1:29—41,50,51  |          |
| 3:6,7—107      |          |
| 3:16—36,49     |          |
| 3:18—45,69     |          |
| 8:46—43        |          |
| 13:35—94       |          |
| 14:1—58        |          |
| 14:9—39        |          |
| 15:16—62       |          |
| 17:20,21—113   |          |
| <b>Hechos</b>  |          |
| 3:15—41        |          |
| 4:12—45        |          |
| 6:3—89         |          |
| 13:37-39—14    |          |
| 20:27—97       |          |
| 20:28—41       |          |
| <b>Romanos</b> |          |
| 1—31           |          |
| 1:7—102        |          |
| 1:16,17—67     |          |
| 1:17—16        |          |
| 2—31           |          |
| 3-5—31,81      |          |

|               |                    |
|---------------|--------------------|
| 3:10-12—89    | 8:7—61             |
| 3:20—31       | 8:7,8—25           |
| 3:21—16       | 8:16,17—110        |
| 3:21,22—16    | 8:17—111           |
| 3:22,23—89    | 8:23—121           |
| 3:22-24—55    | 8:27—104           |
| 3:26—37       | 9:8—110            |
| 3:28—53,60    | 12:1—84,107        |
| 4—17          | 12:2—81            |
| 4:3—13,17,44  | 12:5—113           |
| 4:5—17,58,60  | 15:5—55            |
| 4:6—13        | 15:16—78           |
| 4:22-24—18    |                    |
| 4:23,24—44    | <b>1 Corintios</b> |
| 4:23-25—14    | 1:2—102            |
| 4:25—40       | 2:9.10—62          |
| 5:1—17,73     | 3:1-3—88           |
| 5:1,2—9       | 6:2—104,121        |
| 5:2—73,108    | 6:11—78            |
| 5:6—40        | 10:16,17—112       |
| 5:8—37        | 12—72              |
| 5:9—41        | 12:3—62            |
| 5:9,10—19     | 12:12,13—113       |
| 5:12-19—53-55 | 12:27—113          |
| 5:15—54,55    | 13:12—118          |
| 5:18—52       | 15:17—14           |
| 5:19—39,54    | 15:42-44—120       |
| 5:20—51       |                    |
| 6:1—81        | <b>2 Corintios</b> |
| 6:6,7—81      | 1:1—102            |
| 6:22—82       | 3:13—119           |
| 7:18—85       | 5:15—50,51         |
| 7:18,19—85    | 5:18—18            |
| 7:21-24—85    | 5:18,19—19,52      |
| 7:24,25—85    | 5:19—51            |

5:21—40,44

13:13—103

**Gálatas**

2:15,16—12,59

2:16—60

2:2—17

3:10—38

3:10,11—30

3:13—38,40

3:26—109

3:28—112

3:29—111

4:4,5—43

5:1—73

5:4—16

**Efesios**

1:1—102

1:4,5—36

1:9—37

1:13—62

1:18,19—104

2:3—27

2:8,9—61

2:9,10—83

2:15,16—112

2:19—109

3:12—108

3:17,18—104

4:4-6—112

4:12,13—80

4:13,14—88

4:22-24—80

4:24—118

5:1,2—84,107

5:19,20—84

5:23—113

5:25,26—78

5:25-27—104

5:26—41

5:29-32—113

6:10-13—86

**Filipenses**

1:1—102

1:9-11—86

2:8—40

2:12,13—83

3:7-9—46

3:8,9—15,79

3:12—79

3:12-14—87

3:20,21—120

**Colosenses**

1:2—102

1:19,20—51

1:21,22—19

2:14—51

2:17—106

3:3—93

3:3,4—118

3:9,10—80

3:10—118

3:17—84

**1 Tesalonicenses**

4:1,3,7—90

5:16-18—84

**1 Timoteo**

2:1,2—108

2:4—49

2:5—39

3:9—88

4:15,16—88

5:10—103

10:5-7—39

10:9,10—41

10:11-18—106

10:14—79

11:6—97

11:7—111

12:6,7—111

**2 Timoteo**

1:6—72

2:13—35

2:19—93

2:21—77

3:16—97

**Santiago**

1:22—96

2:5—111

2:10—30

2:14-17—95

2:18—96

2:24—95

2:26—96

5:16—109

**Tito**

2:11,12—80

2:14—41

3:5—59

3:5,6—107

3:5-7—111

**1 Pedro**

1:19—43

1:20—37

2:5—106

2:9—107

4:7—108

**Hebreos**

1:14—111

2:11—110

2:14,15—40

4:13—26

4:14-16—108

4:15—43

5:12-14—88

6:1—87

6:11,12—87

9:26—50,107

9:28—41

10:1—106

**2 Pedro**

1:10—95

3:9—49

**1 Juan**

1:7—41

1:8,9—26,89

2:2—50

2:3—95

3:1—109

3:2—117

3:14—95

4:16—35,59

### **Judas**

14—102

### **Apocalipsis**

1:5,6—105

3:4,5—105,119

3:16—70

4:8—35

7:13,14—119

7:15,17—120

19:7,8—120

20:4—121

20:6—122

21:4—121

21:9,10—120

22:3—121

22:3-5—122



## Índice temático

- aborto, permitido por iglesias 26,28
- América post-cristiana 8,20,64,65
- arminianismo 8
- amor universal de Dios 49-51
- Apología de la Confesión de Augsburgo 51
- bautismo, sacramento de 66
- bautista, iglesia 64,65
- bautizados con agua 72
- bautizados por Espíritu 72
- buenas obras 59,78,83,93-98
- caída en el pecado 15,23-32,80
- Catecismo Mayor de Lutero 52
- Catecismo Menor de Lutero 62
- católica romana, iglesia 44,53,62-64, 71,102,103,105, 106
- compararse con otros 28-31
- confesión 27,108,109
- Confesión de Augsburgo 67
- Confesión de Augsburgo, la Apología de 51
- confesiones luteranas 13,50,58
- confirmación, síndrome de 87
- Credo Apostólico 55
- cristiandad, niveles de 71,72
- cuerpos espirituales 120,121
- culpar a otros 27,28,31
- decisión, teología de 27,64,65
- Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la Justificación (DCDJ) 62-64

- Dios
- como un abuelo tierno 37
  - imagen de 80,117,118
  - naturaleza de 35,36
  - divorcio permitido por iglesias 26
- Edad Media 7,8
- Espíritu Santo, obra de 77-90
- estado del pecador cambiado ante Dios 12,13,18,19
- ética situacional 25,28
- evangélicas, iglesias 64,65
- evangelio, para todos las personas de todos los tiempos 13,49-52
- expiación limitada 50
- familia de Dios, miembros de 109-111
- favoritismo entre cristianos 30
- fe
- frutos de 94-98
  - jornada de 69,70
  - personal 8,9
  - poder de 59
  - salvadora, creada en nosotros por Dios 61,62
- fe y justificación 58-67
- fe y unidad 112,113
- Federación Mundial de Luteranos (FML) 62-64
- Fórmula de Concordia 50,51
- fornicación, permitida por iglesias 26
- fundamentalismo 8
- gracia, estado de 73
- herederos 110,111
- herencia 110,111
- homosexualidad permitida por iglesias 26,28
- humanismo 8
- iglesia
- bautista 64,65
  - católica romana 44,53,62,64,71,102,103,105,106
  - luterana 11,13,27,62-64
  - reformada 50,64,65
  - visible 20
- iglesias evangélicas 64,65
- iglesias que promueven el pecado 26,27
- imagen de Dios 80,117,118
- indulgencias 71
- instalación de pastores y maestros luteranos 51
- islam 45
- Jesús el Salvador 38-47
- el gran Sumo Sacerdote 106,109
  - nuestro sustituto 39-45
  - verdadero Dios y verdadero hombre 38-44
- jueces 121
- juicio humano 25
- justicia
- acreditada por fe 17,18,44
  - ajena 15-17,42
  - inherente 15
  - por obras 53
  - vestiduras de 104,105,118,119

- justificación
  - gradual 71-74
  - instantánea 69-74
  - invisible 93,97,98
  - mundana 23-32
  - naturaleza legal de 12
  - objetiva 52-55,57,58,66
  - subjetiva 58-62
  - visible 94-98
- justificación como ancla 122,123
- justificación como piedra
  - angular de la enseñanza de la iglesia 7,19,20,122,123
- justificación como sinónimo de santificación 78
- justificación en las Escrituras 17,18
- justificación distinguida de santificación 78-80,82
- justificación produce cambio 18,19
- justificación, significado de 1113,17
- justificación y el evangelio 13
- justificación y la Pascua 14,16,52,57,58
- justificar a sí mismo 23-32
  
- ley, ignorancia de 29,30
- liberalismo luterana, iglesia 11,13,27,62-64
- Luteranos, Federación Mundial de (FML) 62-64
  
- matrimonio de Cristo con los creyentes 104,105,119,120
- Meyer, John 18,19
  
- miembros de la familia de Dios 109-111
- misas de la iglesia católica romana 71
- misticismo oriental 8,45
- modernismo 8
- Moody, Instituto Bíblico de 30
- Moody, Dr. Dwight 30
- motivación para llevar vida moral 73,74
- motivación de Dios para justificarnos 35-47
- muchos, el uso paulino de la palabra 53-55
  
- nativo-americanos, tradiciones de 45
- naturaleza de Dios 35,36
- negación 25-27,31
- niveles de cristiandad 71,72
- nuevo hombre 80-90,118
  
- obediencia
  - activa, de Jesús 39,42-45
  - pasiva, de Jesús 39-43
- oración 108,109
- ordenación de pastores luteranos 51
- ortodoxia muerta 8
  
- pecado original, negado por iglesias 27
- pecados promovidos en iglesias 26-28
- penitencia de la iglesia católica romana 71
- perdón
  - completo 70,71

- ilustraciones de 7,101-114  
 perfeccionismo 89,90  
 piedad falsa 37  
 pietismo 8  
 plan de salvación 36,37  
 pluralismo 45,65  
 post-cristiana, América  
     8,20,64,65  
 predestinación, doble 50  
 Primer Mandamiento 24
- Quinta Petición del Padrenuestro  
     52
- racionalismo 8  
 racionalizar 24,25,28,31  
 reconciliación 19  
 reforma luterana 8,53,81,122  
 reformada, iglesia 50,64,65  
 “Roca de la eternidad” 29,82  
 romana, iglesia católica 44,53,  
     62-64,71,102,103,105,106
- sacerdocio universal de  
     creyentes 105-109  
 sacerdotes 105-109,121,122  
 sacrificios ofrecidos por  
     sacerdotes 105-109  
 Santa Comunión 66  
 santidad 111-114  
     personal 118  
 santidad, denominaciones de  
     89,90  
 santificación 77-90  
 santificación como sinónimo de  
     justificación 78  
 santificación distinguida de  
     justificación 78-80,82
- santos 101-104,120,121  
 santo-pecador 84-90  
 santos, adoración en iglesia  
     católica romana 71  
 Satanás, sus ataques contra  
     justificación 8,9,12,37  
 Schuetze, Armin 26  
 sectarianismo 8  
 psicología humana 23-32  
 Speratus, Paul 46,47
- tercer artículo del Credo  
     Apostólico 62  
 tradiciones, nativo-americanas  
     45
- unidad con Dios 111-114  
 unión mística 113,114
- vestiduras blancas  
     104,105,118,119



Enseñanzas de la  
**BIBLIA**  
Popular

† ÁNGELES Y DEMONIOS

† EL BAUTISMO

† LA BIBLIA

† CRISTO

† LA LIBERTAD CRISTIANA

† LA ADORACIÓN CRISTIANA

† EL COMPAÑERISMO  
ECLESIASTICO

† IGLESIA—MISIÓN—MINISTERIO

† EL GOBIERNO CIVIL

† LA CONVERSIÓN

† LA CREACIÓN

† TIEMPOS FINALES

† LA PROVIDENCIA DE DIOS

† EL CIELO Y EL INFIERNO

† EL ESPÍRITU SANTO

† LA JUSTIFICACIÓN

† LEY Y EVANGELIO

† LA SANTA CENA

† EL HOMBRE

† EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

† LA ORACIÓN

† LA PREDESTINACIÓN

† LA SANTIFICACIÓN

† LA MAYORDOMÍA

† LA TRINIDAD



Multi-Language  
Productions

Bringing the Word to the World

[www.wels.net/mlp](http://www.wels.net/mlp)